



BOLSILIBROS
EASA

80 Ptas.
INCLUIDO
I.V.A.

CANARIAS, 75 pta

FBI

**Frank
McFair**

¡SANGRE!





FBI



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© FRANK McFAIR

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I.S.B.N.: 84-06-04928-6

Depósito Legal: M-29973-1986

30-10-86

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

¡SANGRE!

Frank McFair

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

15 de mayo de 1936

«Pocas cosas debe haber tan bellas como el Tirol en primavera», pensó Herbert Brade.

Acababan de pasar por Telfs y continuaban por ese encajonamiento maravilloso que es el Innthal.

A veces, el tren parecía suspendido en lo alto de un despeñadero de vertiginosa altura, y un momento después discurría traqueteante por las riberas del Inn, esmaltadas de flores.

Con el rabillo del ojo, Herbert examinó a la muchacha que acababa de subir en Telfs.

«Desde luego, no es austríaca», pensó, contemplando aquella espléndida mata de cabello castaño y los ojos de un azul muy oscuro, casi violeta, según los hiriera o no el sol.

La joven le miró con franqueza, y él apartó la vista, un poco avergonzado de haber sido sorprendido en su examen.

En aquel momento el tren frenó tan súbita e inesperadamente, que Herbert se vio proyectado hacia adelante, y sólo el agarrarse a tiempo al brazo del asiento le salvó de caer con todo su peso encima del hombre del periódico.

Pero no sólo evitó eso, sino que, además, pudo coger a tiempo a la muchacha, cuando ésta caía al suelo y sostenerla un momento.

Ella adoptó una postura un poco más digna, y sonrió a Herbert:

—Gracias —le dijo en alemán, pero con un acento tan marcado que sorprendió a Brade.

—¡Oiga, usted es americana! —dijo.

Ella rió argentinamente.

—Claro que sí. Siempre me han dicho que se me conocía desde dos millas de distancia.

—Pues no es verdad. Hace un rato estaba pensando que debía usted ser francesa.

La joven se puso en pie y se asomó de nuevo por la ventanilla.

—En América no hay nada que pueda compararse a esto —dijo—. Y esos montes son algo realmente maravilloso. ¡Lástima!

—¿De qué?

—¿Y lo pregunta? Mis vacaciones acabaron ayer, y tengo que volver a París.

—¿A París? Magnífico. Yo también voy a París. Ya contaba con no hacer el viaje en más compañía agradable que la de austríacos de pantalón corto y suizos de cabeza cuadrada. Pero, oiga, a nadie le dan vacaciones en primavera. ¿Dónde está usted empleada?

Llevaba un par de paquetes, cuidadosamente envueltos, planos y de gran tamaño. Y también un caballete ingeniosamente plegado.

—Pintora, ¿eh? Ahora lo comprendo. Bueno; pues no tenía usted más que quedarse en el Tirol algún tiempo más.

—Me reclama mi padre —contestó ella—. Y una tiene que obedecer.

—Dispense —dijo Brade—. Me llamo Brade. Herbert Brade, y vivo en París. Si puedo servirla en algo...

—Me llamo Ethel Stilwell, y mi padre es agregado cultural de nuestra Embajada, en París —repuso ella, remedándole—. Si en algo puedo servirle...

Rieron de nuevo. El tren estaba llegando a una estación. El hombre del periódico plegó éste, se puso en pie, recogió su maleta y, con un «Gutten Morgen», seco, se apeó.

Los dos tiroleses jóvenes echaron mano a sus mochilas y se aparearon también. Sólo quedaba allí el hombre del impermeable y una jovencita de largas trenzas.

—¡Caramba! ¡Ojalá que pudiésemos llegar tan cómodamente solitarios a París! —dijo Herbert.

Pero en aquel momento entró en el departamento una mujer de unos cincuenta años, alta, tocada con un sombrero estrambótico. Detrás de ella apareció un hombre de larga nariz, sobre la que temblaqueaban unos lentes de pinza.

La señora del sombrero raro les echó una rápida ojeada, y luego

rebuscó en su bolso. Sacó un cigarrillo «Caporal» y lo encendió con mano un poco temblorosa. Ethel se fijó en ella, y lo comentó, en voz baja, con Herbert.

—Esa mujer está, o estaba, asustada —dijo.

—A mí me recuerda las institutrices de Inglaterra —dijo Herbert, ofreciendo un cigarrillo a su compañera.

Hubo una nueva explosión de risas.

El tren cruzaba en aquel momento un gracioso puente, que lanzaba su arcada sobre el Stanzer el cual bullía allá abajo, estrellándose contra las rocas. Herbert miró su reloj.

—Dentro de poco tiempo llegaremos a Sankt Antón —dijo Ethel—. Y me alegro, porque tengo apetito. Aunque no comeremos hasta llegar a Basilea.

—¿No podemos tomar algo antes? —preguntó Herbert—. Le confieso que no me desagradaría enfrentarme con un buen trozo de solomillo y una fuente de patatas. ¿Qué le parece?

—Enloquecedor. Podemos hacerlo en Feldkirch, la última estación de Austria. Así nos llevaremos mejor recuerdo aún. Llegamos en seguida, en cuanto pasemos el túnel.

—¿Qué túnel?

—El Arlberg. ¿Por qué se cree usted que este tren se llama Arlberg *Express*? ¿Cómo llegó usted a Viena?

—En el Oriente. No veo motivo para chillarme —repuso él, sonriendo.

A pesar de estar embebecido mirando a la joven, se dio cuenta de que la mujer del sombrero no les quitaba ojo, aunque de una manera, necesario es reconocerlo, bastante discreta.

En Sankt Antón se apearon el viajero de los lentes, la chiquilla de las trenzas y el hombre del impermeable.

Ethel le dijo a Herbert que quería empolvarse la nariz, y salió un momento del departamento. Instantáneamente, la señora del sombrero se aproximó a Brade.

—Es usted americano, ¿verdad? —preguntó con voz ronca, casi un susurro, pero de una intensidad extraña.

Herbert afirmó con la cabeza e hizo un movimiento para levantarse.

—Va usted a París, ¿verdad? —preguntó de nuevo ella, poniéndole una mano en el brazo.

Era una mujer de rasgos muy acusados, y debía de haber sido muy bella cuando fue joven; pero, ahora, una red de arruguillas se extendía por las comisuras de su boca y de sus ojos. Éstos eran muy azules.

—En efecto —repuso Brade, un poco sorprendido.

—¿Querrá usted llevar un encargo mío? ¡Por favor, es una cosa muy importante!

—Desde luego; yo... —empezó Brade.

Y calló, sorprendido.

En la cara de la mujer había aparecido una expresión de terror. Brade siguió su mirada, pero el andén de Sankt Antón estaba vacío en aquel momento.

—¿Se siente mal, señora? —preguntó.

La mujer no le contestó. Parecía estar al cabo de sus fuerzas. Pero, de pronto, se irguió resueltamente.

—No tengo más remedio que confiar en usted —dijo, con voz un poco temblorosa—. Supongo que será patriota. Mire, lleve esto —y sacó un paquetito de su bolsa— a la calle de —se inclinó sobre él y se lo dijo en voz muy baja, como si temiera que pudiera oírlo alguien—, a la calle de Chapón, en París, al número cincuenta y cinco.

—Bueno; pero yo... —Intentó aún defenderse Herbert.

—Es cuestión de vida o muerte —respondió ella, serenamente—. Si no lo hace usted, esto caerá en manos de...; bueno, en manos enemigas de su patria y de la mía. Yo no puedo llegar allí. Seguramente no llegaré siquiera a Suiza.

—¿Es que se siente usted enferma? —preguntó Herbert, aturdido, sintiéndose el protagonista de un melodrama y un poco en ridículo.

Se preguntó si no sería el especial humor de los ingleses en materia de bromas. Porque aquella dama era inglesa, desde luego.

—Aún no —repuso ella—. ¡Por favor, no podemos perder tiempo! ¿Me da usted su palabra de que hará todo lo posible por llevarlo allí? ¿Me la da?

Herbert se sintió un poco incómodo. En aquel momento la mujer se puso rígida y se dedicó a mirar por la ventanilla, como si ambos no estuvieran hablando.

Herbert se volvió, sorprendido, y pronto comprendió el motivo

de la extraña actitud de la señora.

Por el corredor avanzaba un hombre alto, de cabeza rapada y ojos muy claros. Al pasar ante la puerta del departamento, echó una distraída ojeada a los dos, y siguió su camino.

—¡Dios quiera que no sea demasiado tarde! —dijo, en un murmullo casi inaudible—. Escuche, caballero: aseguro a usted que no estoy loca ni quiero embromarle. Hay ciertos hombres que quieren este paquetito. Si lo consiguen, su país, el mío, cualquiera de ellos, estará en peligro. Y muchos hombres inocentes morirán. No puedo decirle nada más.

»Lleve usted el paquete a la calle de Chapón y entréguelo allí. Diga que Evelyn lo manda. No le harán preguntas de ninguna clase. Y habrá cumplido usted con un deber de todo ciudadano.

Había tal expresión de verdad en los ojos de la mujer, que Herbert la creyó. Tomó el paquete y se lo guardó en el bolsillo. Ella le detuvo:

—No, por favor; ahí, no. Recuerde la Aduana suiza. Son muy rigurosos para los que vienen de Austria y de Alemania.

El paquetito era del tamaño de una pitillera, y aplastado, como ella. Herbert, después de dudar un momento, descosió el forro de su sombrero y lo introdujo en él. La mujer le dio un imperdible para sujetarlo de nuevo. En aquel momento llegaba Ethel.

—¿Se aburrió mucho sin mí? —preguntó, festivamente.

Herbert, casi sin poder hablar, afirmó con la cabeza. La mujer del sombrero estaba ya en su sitio, mirando por la ventanilla.

Subieron dos tipos grandes y gruesos, que parecían agentes de comercio suizos, y de pronto, Herbert se dio cuenta de que la mujer salía del departamento, y se preguntó dónde iría. El tren se puso en marcha.

El Arlberg era un túnel de más de diez kilómetros de longitud, que horada de parte a parte el monte del mismo nombre. Diez kilómetros de tinieblas absolutas.

Cuando Herbert vio salir a la dama del sombrero, se excusó ante Ethel, que, asombrada, levantó las cejas interrogativamente. Pero Herbert ya estaba en el pasillo.

Aún tuvo tiempo de ver a la señora que se alejaba camino del otro vagón. En aquel momento los revisores llegaban cerrando las ventanillas.

Se encendieron las luces, y el tren se zambulló en las negruras del túnel.

Herbert vio de pronto que la señora volvía hacia él. Pasó por su lado sin mirarle, sin dirigirle una sola ojeada, y se dirigió a la plataforma posterior.

Detrás de ella, con las manos en los bolsillos, paseaba el hombre que subiese en Sankt Antón, aquel que los mirase al pasar por delante de ellos cuando hablaban.

Herbert empezó a ponerse nervioso. Las bombillas no daban una luz muy fuerte, por lo que la plataforma, desde donde él estaba, apenas era visible. Pero así y todo, vio cómo la mujer se detenía e intentaba abrir la puerta que da a la unión de vagones.

El hombre que paseaba por el pasillo se alejó con ademán de indiferencia.

Herbert se sobresaltó violentamente al sentir una mano que se posaba en su brazo. Se volvió y distinguió el rostro semi sonriente, semi fruncido, de la joven Ethel.

—¿Qué hace aquí? ¿No sabe que en los túneles no hay luna?

En aquel momento las luces se apagaron repentinamente. No fue más que apenas medio minuto, y Herbert sintió la presión de la mano de Ethel en su brazo.

Y de pronto, entre el brutal estruendo del tren en el túnel, le pareció distinguir un ruido especial. Algo así como un grito ahogado. Sintió que se le erizaban los cabellos.

—¿Ha oído usted? —preguntó, volviéndose a la pintora.

—Sí, creo que oí cantar un mirlo —respondió ella, burlonamente—. Oiga, no nos conocemos más que hace media hora; pero me va pareciendo que es usted un hombre muy raro. ¿Qué le pasa?

Las luces se encendieron de nuevo. Herbert miró con dolorosa intensidad a la plataforma, pero ésta «estaba vacía». Sintió cómo las gotas de sudor frío se le agolpaban en la frente.

—¡Bueno, que me aspen! —declaró la muchacha—. Ahora parece como si hubiese visto un fantasma. Mire, si va a descomponerse, trataré de llevarle de nuevo a su asiento.

—No es nada —dijo Herbert, secándose el sudor—. Fue... un mareo repentino.

Y la siguió hasta el departamento. Escasamente cinco minutos después, el *Arlberg Express* salía del túnel y penetraba con gran

chirrido de frenos en la estación de Langen.

Todo ello le parecía a Herbert una pesadilla. Tocó el forro de su sombrero para asegurarse de que no había soñado; pero allí estaba, efectivamente, el paquetito, duro, oblongo y áspero al tacto por el cordel que lo rodeaba.

«¿Qué hago? —pensó, desesperadamente—. Esa mujer... parecía decir la verdad. Y luego el grito... ¿O habrá sido una figuración mía? ¿Se lo diré a *miss Stilwell* o...?», pero decidió no hacerlo.

Además, la joven parecía haber perdido interés por él. Se mantenía en una actitud llena de dignidad, sentada a su lado, mientras les llegaban desde los andenes las voces de los vendedores de refrescos.

—Dispense —dijo Herbert—. Ya sé que es estúpido; pero el caso es que me sentí mal. Se me pasaría si tomásemos algo.

—Nos detenemos aquí cinco minutos —dijo ella, pareciendo recobrar su animación—. ¿Por qué no me invita a una cerveza?

—«*Volontier*» —y bajaron al soleado andén.

A las seis de la tarde llegaban a Basilea. A las nueve estaban en Belfort, y a las diez y media Ethel Stilwell dormía confiadamente apoyada en el hombro de su acompañante, mientras éste se esforzaba en apartar de su imaginación los sucesos de aquel día.

A las siete de la mañana llegaban a la estación del Este. Hacía ya un rato que ambos estaban preparados, y de pie, en el pasillo, contemplaban la rápida sucesión de las casas de París, señalándose uno a otro los sitios que les eran conocidos.

Herbert ayudó a su compañera a bajar su equipaje hasta el andén. Apenas puso un pie en el muelle, cuando un hombre alto, vestido con un traje azul marino, y tocado con un sombrero castaño, se les acercó.

—¿Qué hay, viejo? —preguntó, dando una fuerte palmada en la espalda de Herbert—. ¿Qué tal las tirolesas? ¿Es que te has traído alguna al volver?

—*Miss Stilwell*, tengo el placer de presentarle a usted a mi hermano Alan —dijo Herbert.

Alan se descubrió, mostrando una espesa mata de cabello tan oscuro, que parecía negro, en contraste con el de Herbert, que era rubio y sedoso. Dos ojos grises examinaron a la joven apreciativamente desde los tacones de los zapatos hasta la punta de

los cabellos.

—Me alegro de conocerla, *miss Stilwell* —dijo el moreno—. Traiga, deme ese caballete y los paquetes. Procuraremos encontrar un mozo. Tengo un coche a la puerta.

—Brade —dijo ella, pensativa—. Ahora me acuerdo dónde he oído ese nombre.

—¿De veras? —preguntó Alan, mirándola fijamente.

—Sí, en la Embajada. Hablaban de usted mi padre y otro señor alto, de pelo canoso. Creo que era un ayudante de...

—¿Verdad que París es magnífico en primavera? —preguntó Alan, sin sonreír siquiera, cambiando de conversación, como si le importara muy poco lo que ella decía.

Al mismo tiempo la cogió autoritariamente del brazo y echó a andar hacia la salida. Ella le siguió, ligeramente escandalizada, y al mismo tiempo sin fuerzas para resistirse.

—¡Eh, Herbert! —llamó Alan, volviendo la cabeza—. ¿Es que piensas quedarte ahí todo el día? Vamos, hombre, que el coche espera. Tendrás ganas de tomar un baño.

CAPÍTULO II

Alan Brade dejó su vaso encima de la mesa y miró a su hermano especulativamente.

—¿Estás seguro de que todo eso ha ocurrido, Herbert? —No seas estúpido. No tengo ganas de bromas en este momento. Y tú menos que nadie debía dudar de lo que digo. Después de todo, en tu oficio os encontraréis muchas veces con cosas...

—En mi oficio nos encontramos muchas veces con cosas raras, es cierto —respondió Alan—; pero no nos dejamos alucinar. La historia es escandalosamente de película, querido.

Herbert se levantó impaciente y salió de la habitación. Al cabo de un momento volvió con un paquete en la mano.

—Me ha costado el forro de mi mejor sombrero. Alan. «Esto» y no otra cosa es lo que tengo que entregar en la calle Chapón.

Alan se apoderó del paquete de un manotazo, y en los ojos de Herbert apareció una expresión de sospecha.

Conocía de sobra a su hermano, y sabía que recurriría a cualquier truco para conseguir algo si lo deseaba.

—No se te ocurra abrirlo, Alan —le ordenó—. Eso no es para nosotros.

—Ya lo sé, ya lo sé. Es para un individuo que vive en la calle Chapón, y al cual habrás de entregárselo en nombre de..., ¿cómo dijiste? Evelyn, ¿no es eso?

Herbert pugnó por volver a apoderarse del paquete.

—Dámelo, Alan, y no gastes bromas.

Las grises pupilas de Alan Brade parecieron durante un momento de acero, herido por el sol.

—No bromeo con cosas de mi oficio, como tú dices, Herbert. El hombre que recibirá esto es probablemente un agente del

Intelligence Service, y lo que a ellos les interesa también me interesa a mí. El hecho de que yo esté de vacaciones actualmente no me libra del compromiso que contraí con el Tío Sam para ayudarlo en lo que pudiera. Algunas veces me han arruinado las vacaciones, y no sé por qué me parece que ahora va a ocurrir lo mismo; pero...

Se encogió de hombros, siempre manteniendo firmemente sujeto el paquete con la mano derecha. Herbert estaba muy irritado.

—Pues algo tengo que hacer yo. Alan. Esa mujer... a lo mejor le ocurrió algo. Es muy digno de tenerse en cuenta. No podemos dejar que su gesto se pierda.

—No seas sentimental, querido Herbert. Admiro el patriotismo donde lo encuentro; pero cuando me pongo a trabajar procuro convencerme a mí mismo de que el único patriotismo que importa es el «mío». ¿Comprendes? Descríbeme a esa mujer otra vez.

Herbert lo hizo, procurando recordar hasta los menores detalles de la inglesa. Alan asintió varias veces pensativamente.

—Creo que sé quién es. Escucha, Herbert. Vamos a hacer un trato. Yo entregaré este paquetito; pero antes me enteraré de lo que contiene. Y obraré en consecuencia. Inglaterra y el Tío Sam son muy buenos amigos, pero no veo por qué he de darles esta comida masticada ya. Que la digieran como puedan ellos.

Herbert, vista la inutilidad de volver a hacerse cargo del paquete, asintió con la cabeza. Tampoco a él le disgustaba la idea de librarse de semejante responsabilidad.

—Bueno, está bien. Pero has de prometerme que una vez te hayas enterado de lo que quieres, lo llevarás a la calle Chapón. ¿Prometido?

—Prometido. A propósito, la chica ésa, la hija de Stilwell, ¿está enterada de algo?

—No lo creo. No, no sabe nada, estoy seguro.

—Pues procura que no se entere. Eres transparente a veces, Herbert.

—Yo no he prestado ningún juramento al Gobierno americano —repuso su hermano, indignado—. Me molesta fingir si no hay motivo para ello.

—Ahora lo hay —repuso Alan, poniéndole una mano sobre el hombro.

Le dominaba con su estatura, y su mano morena contrastaba

extrañamente con la sonrosada cara de su hermano pequeño.

Mucha gente encontraba rara la poca semejanza que existía entre ambos, hasta que se enteraban de que sólo eran hermanos de padre.

La madre de Alan fue una robusta e inteligente mujer que murió a poco de dar a luz a su hijo. La de Herbert, una pianista alemana de raro mérito, que cuidó a los dos chicos como si ambos fueran suyos. Para Alan, en realidad, no hubo más madre que aquélla.

Tenían alquilado un pequeño piso en el *boulevard* Suchet, en Passy, a menos de cien metros de «La Murette», y a menor distancia aún del Bois.

Luego, Herbert salió para dar su paseo diario por los *boulevards*.

Alan se sirvió otro *whisky*, y quedó pensativo un momento. Luego cogió el paquetito y lo examinó curiosamente.

Estaba envuelto en una tela impermeable y atado con un cordel de basta factura. Desanudó el cordel, lo que no le costó poco trabajo, y desenvolvió la tela impermeable.

A su vista apareció una cajita de metal aplastada, con un muellecito como el de las pitilleras. Lo oprimió, y se abrió la cajita con un seco chasquido.

Tenía dos hojas de papel cebolla, plegadas en varios dobleces. La primera era una especie de carta en clave. La otra era una lista de nombres. Al leer el primero, Alan lanzó un silbido de asombro.

Leyó con cuidado todos los nombres, y luego los copió en un papel. Cuando terminó, copió, asimismo, la carta en clave y luego volvió a meter los dos papeles en la cigarrera. Cerró ésta, la envolvió y la ató, procurando hacer exactamente los mismos nudos que tuviera y en el mismo sitio.

Estaba anocheciendo cuando salió de su casa. Herbert no había llegado todavía y Alan se preguntó si estaría con la chica aquélla, la hija de Stilwell. Por cierto que era raro que el viejo Stilwell no le hubiera hablado nunca de su hija.

A los dos les unía una antigua amistad, basada en que habían trabajado juntos varias veces.

El agregado cultural de la Embajada americana en París era agente principal también de la Policía Federal.

Tomó un taxi en el *boulevard* de Suchet y se hizo conducir hasta la calle de Rambuteau, ya que quería ir a pie hasta la de Chapón.

En la esquina de Chapón se detuvo ante un almacén de novedades, y con el rabillo del ojo examinó la casa número 55, que se encontraba casi enfrente de él.

Era una casita pequeña, con un jardincillo delante, al que se entraba por una verja llena de orín.

Las ventanas estaban oscuras, y daba la sensación de que allí no vivía nadie. Contrastaba extrañamente su abandono con las casas vecinas, llenas de ruido y de animación.

Por fin se decidió. Empujó la verja y atravesó el miserable patio hasta llegar a la puerta, de recia madera.

Dio un golpe con la mano, al no encontrar llamador, y esperó un rato. No hubo contestación. Volvió a llamar, esta vez más fuerte.

Sin haber oído Alan el menor ruido, la puerta se abrió. Una cara alargada, llena de arrugas, apareció en el umbral, mientras el cuerpo de la mujer permanecía escondido tras la jamba.

—¿Qué desea? —preguntó una voz ligeramente ronca.

—Evelyn me envía —dijo Alan, firmemente, tratando de entrar. Pero ya la mujer se había apartado y le dejaba el paso franco.

Alan se encontró en un polvoriento «*hall*», desamueblado, y con una escalera que arrancaba del fondo de la habitación y llevaría seguramente al piso superior. A la derecha había una puerta. La luz amarillenta de una cansada bombilla, iluminaba débilmente las desnudas paredes.

—¿Dijo Evelyn? —preguntó la mujer. Era de mediana edad, e iba pobremente vestida. Pero sus ojos refulgían con el brillo que sólo presta la inteligencia.

—Eso es. Tengo un paquete para el que me abra esta puerta.

La mujer alargó la mano.

—Démelo. Y gracias, caballero. ¿Puede..., puede decirme lo que..., lo que fue de Evelyn?

—Lo ignoro.

La mujer cogió el paquete. De pronto, bruscamente, se apoyó contra la pared.

Brade, creyendo que iba a caer al suelo, la sujetó. Ella le apartó con un esfuerzo.

—No es nada, gracias —dijo—. He de agradecerle el haber traído el paquete. Espero no haya sido demasiada molestia para usted.

—De veras que no.

Brade miró atentamente a la mujer. Algo le andaba rondando en la memoria. Una cara... De pronto se acordó de Mónica Craddock. No sabía por qué.

—¿Cree usted que haya podido ocurrirle algo a Mónica? —preguntó de pronto, alzando la voz.

Pero la mujer permaneció impassible.

Para Brade era imposible saber si es que dominaba sus emociones, o que, efectivamente, no sabía quién era Mónica.

—¿Cómo dice? No comprendo bien, señor...

—Dispense, estaba pensando en voz alta. Si no tiene inconveniente, me marcharé ahora.

La mujer le abrió la puerta, y Brade salló al jardincillo. Oyó el chasquido de la cerradura, y caminó hasta la verja.

Ostensiblemente, la pasó, y se dirigió a la esquina de la calle Turbigio. Allí se paró, encendió un cigarrillo, y penetró en un café. Pidió un ajeno y lo bebió pensativamente.

«No puede ser una coincidencia —pensó, arrojando la colilla de su cigarrillo al suelo—. Ese parecido con Mónica Craddock... Y la descripción de Herbert concordaba con ella sin ningún género de duda».

Pagó el ajeno y salió de nuevo a la calle. Al llegar a la esquina de Chapón, metió la mano entre el pantalón y la camisa, disimuladamente, y extrajo algo que guardó en el bolsillo.

Se trataba de un alambre duro, de acero cromado y doblado por uno de sus extremos. Uno de los más famosos ladrones de los Estados Unidos, Carol Raederer, se lo regaló cuando Brade demostró que era inocente del crimen que se le imputaba, con la complicidad en la falsificación de los billetes de un dólar.

Era un instrumento que abriría cualquier puerta, siempre que el que lo manejase supiera utilizarlo, y formaba parte de un juego de diez.

Llegó al 55, miró las ventanas, y vio que parecían tan abandonadas como antes. De que la mujer no había salido estaba completamente seguro, ya que por las ventanas del café le fue fácil observar la puerta de la casa.

Cruzó la verja, procurando que no chirriase, y atravesó cuidadosamente el patio. Se sobresaltó al oír voces detrás de él;

pero era un grupo de muchachas estudiantes que pasaba discutiendo.

La cerradura, tan vieja como la casa, no ofrecía ninguna dificultad. Brade la abrió silenciosamente y penetró en el «*hall*» a oscuras ahora.

Por la escalera bajaba un débil rayo de luz desde el piso superior. Con infinitas precauciones. Alan ascendió peldaño a peldaño, procurando que ninguno delatase su paso. Al fin llegó a la galería superior. Se abrían a ésta tres puertas.

De una de ellas era de donde salía la luz por la rendija de la entreabierta jamba. Alan aplicó un ojo a la ranura, y vio que debía ser la única habitación amueblada de la casa. Al menos, tenía una mesa y un par de sillas.

Sentada ante la mesa estaba la mujer, con un mechón de pelo canoso cayéndole sobre la frente y leyendo con avidez la carta en clave. De cuando en cuando consultaba un librito que estaba sobre la mesa.

«Me gustaría coger ese librito», pensó Alan, preparándose para entrar en la habitación.

Esperaba no encontrar demasiada resistencia en la mujer. En todo caso, procuraría entrar en tratos con ella. Sólo como último recurso enviaría la carta a América para que la descifrasen en las Oficinas Federales.

Pero cuando iba a empujar la puerta, oyó una llamada en la de la calle. Una llamada repiqueteante, como de alguien que intenta hacerse reconocer.

Brade se movió con la velocidad de un relámpago y se escondió en la habitación al lado de aquélla en que estaba la mujer. Ésta salía ya a la galería, y Brade pudo ver su cara. Estaba sonriendo como alguien que se ha librado de un peso extraordinario.

Bajó las escaleras y se dirigió a la puerta de entrada. Una nueva llamada resonó en el desierto «*hall*», y la mujer descorrió el pestillo.

Desde donde estaba, Brade veía todo el «*hall*», excepto la parte superior de la puerta, con sólo asomarse a la galería.

Apenas se abrió la puerta, cuando la mujer fue proyectada hacia atrás y cayó al suelo.

Brade vio las piernas de dos hombres, sus vientres, sus pechos, y, por fin, sus cabezas, según iban avanzando hacia la mujer caída.

Llevaban gorras de paño, y en la mano una pistola cada uno. El segundo cerró tras sí, y se apoyó contra la puerta.

La mujer intentó penosamente levantarse. Brade, con infinitas precauciones, se aproximó a la barandilla de la galería, metiéndose la mano en el sobaco para abrir la pistolera.

Entró en la habitación, donde hasta entonces estuviera la mujer, y cogió el librito de la mesa. Una vez hecho esto, salió de nuevo a la galería. Ya le llegaban las voces de abajo:

—Te vamos a patear hasta que no te quede un hueso sano, bruja —decía uno de los hombres en el más depurado «argot» que oyese en su vida Alan.

Y Alan oyó el baque de un pie contra carne, y sintió que se le encendía la cara de ira, una ira fría y mortal.

El gemido de la mujer, casi apagado por la feroz patada, pareció animar al apache para continuar el «tratamiento». Volvió a golpear, y de nuevo gimió lastimosamente la mujer.

Brade empezó a bajar la escalera.

—Claro que al final encontraremos los papeles —dijo el apache—. Pero es que verás, mi vieja, no nos desagradaría enseñarte lo mala que puede resultar la vida.

»Ya te lo advertí, asquerosa. ¿Es que piensas que Jacques no habla nunca en serio? Cambiarás, cambiarás de opinión, mendiga guarra.

Brade, que estaba llegando ya casi al final de la escalera, protegido por las sombras de la misma, se preparó para saltar.

El apache Jacques volvió a patear a la mujer, y con ello firmó su sentencia de muerte.

Alan Brade no produjo ningún ruido cuando, de pronto, apareció a la vista de los otros.

—Jacques, hijo mío —dijo en voz baja, pero perfectamente audible—, eres el sapo más indecente que jamás me eché a la cara. Mira esto que tengo en la mano.

El apache ahogó una maldición obscena y levantó la pistola. No llegó a terminar el movimiento. Rugió el arma de Brade, y Jacques se tambaleó como si le hubiesen dado un puñetazo. Luego se vino a tierra como un saco de arena.

Su compañero, que hasta entonces permaneciera apoyando la espalda contra la puerta, y que se había erguido al aparecer Brade,

dejó caer su arma, y en su cara apareció una expresión de terror.

—Levántese y prepare una cuerda, si es que tiene alguna —ordenó Alan a la mujer.

Ella se incorporó penosamente. De su boca fluía un delgado hilillo de sangre. Al levantarse, se llevó una mano al costado, allí donde la pata de Jacques le golpease tan bestialmente.

—Llegó a tiempo, *monsieur* —dijo—. Creo que tengo una cuerda aquí.

Fue al hueco de la escalera, abrió una puertecilla y sacó un rollo de cuerda. Brade la cogió, y procedió a atar al inconsciente apache.

En un momento quedó amarrado como un fardo.

Luego, arrastró el cuerpo de Jacques hasta dejarlo en la sombra y le puso la pistola en la mano. Hecho esto, se volvió de nuevo a la mujer:

—Las cartas boca arriba —dijo, abruptamente—. ¿Cuál es su juego? No debió ser tan reservada.

—Un momento —ella se irguió, cogiéndose el costado y respirando afanosamente—. Me gustaría saber con quién estoy hablando.

—Con alguien que conoce a Mónica. ¿Le oyó usted hablar alguna vez de Alan Brade?

La mujer le miró curiosamente.

—Así, pues, ¿es usted? Me alegro. No me gustaría tropezarme con nadie del segundo Bureau—^[1] Me costaría un montón de meses en una penitenciaría —había dejado de hablar en francés y empezado a hacerlo en inglés. Su dicción era cuidada, y revelaba una educación en la que habían intervenido Newnham o Girton.^[2]

—¿Intelligence, no es eso? —preguntó Alan, abofeteando la cara del apache para hacerle volver en sí.

—Sí —respondió ella—. A usted puedo decírselo.

—Lo sabía de todas maneras. Conocí a Mónica en Manchuria. Trabajamos juntos en cierta ocasión. ¿Es usted algo suyo?

—Hermana. Me llamo Martha Dillard. Mónica se casó con Craddock, y cuando éste murió, ella siguió en el Servicio. Yo ya pertenecía a él desde hacía algún tiempo. Pero no creo que esto tenga gran importancia, ¿verdad?

—Pudiera ser. De todas maneras, ya no tenemos que preocuparnos por Jacques Morlage. Él era uno de la lista que

Mónica le entregó a mi hermano en el *Arlberg Express*. Por cierto que me gustaría hablar con ella.

Martha Dillard cerró los ojos.

—Si Mónica metió a alguien en el asunto es porque estaba segura de que no llegaría viva a París —dijo con voz monótona, carente de expresión—. Era demasiado escrupulosa para confiar esos papeles si no hubiera habido para ello un motivo acuciante.

—Cayeron en buenas manos, *miss* Dillard. No obstante, comprenderá que no podía yo pasar semejante ocasión de enterarme de algunas cosas.

—Ustedes, los ingleses, parecen olvidar demasiado —Bien— Martha echó el cerrojo a la puerta. —Vamos arriba y allí podremos hablar. No creo que nos interrumpen ahora.

Alan Brade cargó con el cuerpo del apache atado y ascendió la escalera siguiendo a la Dillard.

Cuando llegaron al cuarto donde ésta tradujese la carta en clave, soltó al maleante en el suelo sin miramientos y tomó asiento en una silla, mientras Martha lo hacía en otra.

—Y ahora —dijo ella, sacando un cigarrillo de un paquete de «Caporal», y ofreciéndole otro a Alan—, le explicaré algo que quizá no conoce. ¿Oyó usted hablar alguna vez del «Gorrión»?

CAPÍTULO III

Si Alan Brade no estuviese acostumbrado a dominar sus emociones, hubiera dado un respingo al oír aquello. En vez de eso, miró fijamente a Martha Dillard.

—Sí —contestó, escuetamente.

—Bueno, pues de eso se trata. La lista que mi hermana consiguió en Austria es la de la mayor parte de los agentes del «Gorrión». No necesito decirle que la organización de ese hombre tiene ramificaciones en casi toda Europa, e incluso en América.

—Lo sé. Cogí en Estados Unidos a dos de ellos, y sabemos positivamente que allí no queda ninguno más. No estoy en Europa persiguiendo al «Gorrión».

—Ya ha visto de lo que es capaz ese hombre. Seguramente —su voz tembló un poco—, habrá matado a mi hermana.

—Ella le ha seguido la pista durante mucho tiempo, y le ha costado años reunir esa lista. No comprendo cómo no se la aprendió de memoria en vez de escribirla.

—Seguramente esperaba que la persiguieran y no quería que se perdiese lo que sabía —dijo Alan, encendiendo un cigarrillo y ofreciéndole otro a Martha— De manera que el «Gorrión», ¿eh? ¿Detrás de qué anda ahora?

—No me importa que lo sepa, porque la cosa puede ser tan peligrosa para Estados Unidos como para Gran Bretaña.

»Verá. Hace algún tiempo, un sabio británico que trabajaba en Suiza, en Chaffenhause, descubrió un nuevo detector de ondas de sonido, mucho mejor que los existentes hasta ahora. Como es natural, decidió presentar los planos a una compañía particular que le pagaría bien.

El Intelligence se enteró de ello, y enviaron a mi hermana a

convencer al sabio de que debía cederlo al Gobierno. Esto era muy necesario, porque si ese aparato caía en manos de alguna otra potencia, podría ser utilizado con fines bélicos, y eso era lo que nosotros no queríamos en manera alguna.

El sabio se dejó convencer, pero era un hombre demasiado charlatán, y mi hermana no pudo sujetarlo. El hombre habló, e, ignoramos cómo, el «Gorrión», se enteró. Ya sabe cómo trabaja ese hombre. Vende sus servicios al que mejor paga, y siempre obtiene magníficos resultados de su organización.

Siguiendo su trabajo, mi hermana, se dedicó a proteger el folleto del sabio. Sabiéndose perseguida, pasó a Austria, pero allí tampoco se encontraba segura. No podía convencer al físico de que volviera a Inglaterra, y ella no se atrevía a dejarle solo hasta que terminase el trabajo. Dos veces quisieron matarla, y ahora quizá lo hayan conseguido.

En la carta en clave me dice el lugar en que podremos encontrar al físico, al que ella persuadió de esconderse, y da la lista de los espías.

Le tendió la carta, traducida ya. Alan Brade la leyó rápidamente.

—Bien, *miss* Dillard, parece que trabajaremos juntos, ¿no es así?

—Sí, siempre que procuremos jugar limpio los dos —repuso ella, sonriendo.

—Ya lo creo que sí. Pondremos el interés de nuestros países por encima de nuestros deseos personales. Si el físico le vendió el secreto al Gobierno británico, no somos nosotros, los del F. B. I.,

quiénes para meternos en medio. Pero no me gustaría que ese invento cayese en otras manos. ¿Dónde vive usted?

La mujer le dio el número de una calle en Levallois Perret.

—Pero por las noches —agregó—, vestida como estoy, me dedico a recorrer Les Batignolles y Montmartre. Se aprenden cosas muy... «curiosas».

—Pues váyase a su casa. O, mejor dicho, alójese en cualquier hotel. Tenga en cuenta que la perseguirán como fieras.

—Allí no tengo miedo —respondió ella—. Habrá quien me ayude y me sirva de parachoques.

Brade se levantó, se dirigió al apache atado que les había estado escuchando con aire de incompreensión, y le desató las manos. Lo

cogió de nuevo en brazos y, seguido por la mujer, bajó de nuevo al otro piso.

Limpio cuidadosamente la pistola de Jacques, y luego se la hizo coger al otro. Éste pareció por fin darse cuenta de qué es lo que iban a hacer. Emitió un ladrido apagado e intentó soltar el arma. Brade, sin perder la calma, le golpeó de nuevo con fuerza en la mandíbula. Le quitó las cuerdas, le puso la pistola entre las manos engarfiadas, procurando no tocar él el arma. Luego, mientras contemplaba su obra con ojo crítico, le dijo a Martha:

—Llamaremos a la policía desde el primer teléfono público. Cuando vengan, se encontrarán a este tipo sólo con el cadáver de Jacques. No necesito decirle lo que le ocurrirá.

Martha sonrió agradablemente.

Salieron a la iluminada calle, después de apagar las luces y se zambulleron entre el gentío que llenaba el *boulevard* de Sebastopol.

En Châtelet se separaron, después de prometer a Martha que le telefonaría a la mañana siguiente. Alan continuó hasta Passy, y allí tomó un coche que le dejó en su casa. Su hermano le estaba esperando.

—¿Dónde te metiste? —le preguntó, dejando el libro que estaba leyendo.

Alan no acostumbraba discutir su trabajo con Herbert.

—Anduve por ahí.

Desdobló el periódico que había comprado en Passy y le echó una ojeada. Allí estaba. Era un suelto que telegraficara el corresponsal del diario en Sargans. Decía así, escuetamente:

«Comunican de Langen, en el Tirol, que en el túnel de Arlberg, una patrulla de guardavías descubrió el cadáver de una mujer horriblemente destrozado. Debió caerse al paso del Arlberg *Express*. No se sabe hasta ahora si ha sido identificado o no».

Eso era todo. Pero Alan supuso lo que estaría pasando Martha si lo había leído también. Ahora tendría la seguridad de que jamás volvería a ver a su hermana Mónica.

Pensativamente, dejó el diario sobre la mesa. Su hermano le contemplaba curiosamente.

—Bueno, tengo que hacer unas cosillas —dijo Alan, levantándose y dirigiéndose a su cuarto—. Ya me avisarás cuando vayamos a comer. Este horario francés de las comidas me está

destrozando el estómago.

Alan se encerró en su habitación y sacó la hoja de papel que le diera Martha Dillard. La leyó cuidadosamente.

El físico inglés, inventor del nuevo detector de ondas sonoras, se llamaba Evans, Claude Evans, y en este momento estaba escondido en Innsbruck, en una granja, bajo el nombre de Stanton.

Según afirmaba Mónica Craddock en su mensaje, el tal Evans tenía bastante miedo, porque ya se había atentado contra su vida en un par de ocasiones; pero se negaba sistemáticamente a volver a Inglaterra, donde podría gozar de un poco de seguridad, porque allí le esperaba su esposa.

Del relato de Mónica se desprendía que su esposa debía ser algo muy parecido a un sargento de La Guardia con faldas, y el hombre la temía, y prefería exponerse a que le mataran los agentes del «Gorrión», a enfrentarse a ella.

Era indudable que lo primero que había que hacer era ir al Tirol y obligar a Evans a marchar a Francia, ya que no quería ir a Inglaterra.

Alan preparó su maleta, metió en ella un par de trajes, tres mudas interiores y algunos artículos de primera necesidad. Hecho esto, fue a reunirse con su hermano para comer.

A la mañana siguiente, a las nueve. Alan Brade se encaminó a uno de los anejos de la Embajada de Estados Unidos en París.

Entró directamente, sin hacerse anunciar, hasta el despacho de Stilwell, el agregado cultural. Abrió la puerta y se coló dentro. Había dos personas en la habitación, y una de ellas era Ethel.

Ambos se volvieron hacia Alan, y la joven sonrió.

—Aquí está el caballero misterioso —dijo con sorna—. ¿Qué me cuenta de su hermano?

—Necesito hablar con usted, Stilwell —dijo Alan, saludando a la chica con la mano.

—Ethel, querida, ¿podrías...?

—Claro que sí. Pero no veo el motivo. Después de todo, yo estoy enterada de algunas cosas, y soy muy reservada.

—Mejor es que esperes fuera un momento, hija —dijo su padre, dirigiéndole una mirada de advertencia, que Ethel captó inmediatamente, y la muchacha salió.

Alan se volvió a Stilwell, que le tendía la cigarrera. Se sirvió y

empezó a hablar con voz monótona, relatando todo lo que había ocurrido aquellos últimos días.

Stilwell le escuchó sin interrumpirle, y cuando terminó, tamborileó pensativamente con las uñas la tapa de cristal de la mesa de despacho.

—Tendrá que hacerlo solo, Brade.

De pronto, Stilwell se quedó mirando a la puerta. Hizo una seña a Alan, y se encaminó de puntillas hacia ella.

No tuvo más que abrirla de golpe, y la esbelta figura de su hija entró trastabillando en la habitación, perdido el equilibrio.

La muchacha recobró la estabilidad y cogió a su padre de un brazo.

—Espera un poco —le dijo, jadeando—. Palabra de honor que no quería enterarme de todo, sino de un poquito nada más. Es que ayer, Herbert Brade me contó lo del ferrocarril. De veras que sí. Ya sabes que puedes confiar en mí, y que... bueno, que puedo ser una buena ayudante para el señor Brade.

Su padre la miró con cara de búho.

Alan Brade rió abiertamente y con tal sorna, que la joven enrojeció de ira. Con las manos en las caderas, se le quedó mirando y esperó a que dejase de reír.

—Se cree gracioso, ¿verdad? Bueno, pues ahora se enterarán ustedes de una cosa. Como yo sé qué es lo que ha ocurrido, no pienso dejarles tranquilos. Yo conozco el Tirol, y usted, no. Yo conozco cómo piensa la gente de allí, y usted, sabelotodo, no. Sé dónde se puede buscar a una persona allí, y usted, no, repito. Y también tengo un montón de amigos y amigas en todo el Innthal.

—Un momento —dijo Stilwell—. Me parece que la cosa no es tan descabellada, Brade. Mi hija no es ninguna tonta, debo reconocerlo, y a ella no podría jamás asociarla nadie con el

F. B. I.

Tiene amigos en Tirol, lo sé, y quizá podría...

—Si lo entiende usted así —se encogió Brade de hombros—. Bueno, por mí no hay inconveniente.

—¿Cuándo salimos? —preguntó ella muy satisfecha.

CAPÍTULO IV

Un caminito blanco, rodeado de verdes pastos, reptaba insinuándose por la montaña. Una tapia blanqueada cortaba de pronto los pastos, pero dejaba un hueco para la vereda, que continuaba hasta introducirse en un bosque de pinos.

Desde el bosqucillo se veía Innsbruck, allá abajo, extendido a los pies, con la cinta azul oscuro del río serpenteando entre casas de agudos tejadillos y plazuelas sombrías.

El hombre que en aquel momento miraba por la ventana de la casita situada en la linde del bosque, ni siquiera se fijaba en el paisaje. No tenía éste ningún interés para él, porque lo había visto innumerables veces.

Además, por regla general, no le interesaban los paisajes. Le interesaban las mujeres, el buen vino, el juego, y, sobre todo, los billetes de banco. Adolf Künter era, decididamente, un espíritu práctico.

Dentro de la habitación había dos hombres más. Uno de ellos alto, muy rubio, fornido y con una nuca bestial. Un auténtico dolicocéfalo germano. El otro era más pequeño, moreno y de ojos muy azules.

Adolf se volvió a los otros dos y los miró especulativamente. De pronto, se encaró con el rubio:

—Dices que has mirado en todas las posadas y hoteles de la ciudad, ¿no es así, Hans?

Hans Lippe, un suizo que, de tornar algún día a su país, sería para no volver a salir de la cárcel en su vida, asintió con bruscas cabezadas. Adolf le clavó los azules ojos.

—Pues entonces, querido, eres el imbécil mayor del mundo. Cuando el jefe dice que alguien está en algún sitio, es porque está,

¿comprendes?

El suizo pareció estar de acuerdo con la calificación de imbécil.

—Volveré a buscar —dijo, con sencillez.

Para él, la palabra insulto no tenía ningún significado.

El moreno de los ojos azules rió con risa breve y estridente. Siempre encontraba muy divertido a Hans.

—Él no tiene la culpa, Adolf —dijo, dejando de reír de pronto, como si le hubieran cortado la carcajada con un interruptor—. Es fundamentalmente estúpido.

—Alexis, algún día Hans se cansará de ti y te meterá una bala en el cuerpo —dijo Adolf, tranquilamente, sentándose en una silla desvencijada y cogiendo una botella de ginebra.

Bebió de la misma botella, sin molestarse en coger vaso, y en cuanto la dejó encima de la mesa, Alexis la cogió y apuró lo que quedaba.

El suizo les contempló con disgusto evidente en sus ojos porcinos.

—Os bebéis todo —dijo.

Hablaban en alemán, ya que Alexis Rankovicz conocía perfectamente esta lengua. Había estudiado en Viena cuando Croacia, su patria, aún estaba bajo la dominación austríaca.

—Viene el jefe —dijo, de pronto, Adolf, levantándose y volviendo a mirar por la ventana. Por el caminito avanzaban tres hombres.

Uno de ellos, el que iba en medio, era un individuo de pequeña estatura, de vivos movimientos, tocado con un sombrero de fieltro blanco.

Los otros dos eran altos, de recias espaldas, e iban descubiertos.

Cuando entraron en la casa, Adolf, Hans y Alexis se pusieron en pie.

Los ojos del recién llegado los examinaron atentamente, con la cabeza un poco ladeada, como si fuera un ave. Éste era uno de los motivos de su alias. Decían de él que era pequeñito y listo, exactamente como un gorrión.

Cuando aún no era más que un chiquillo harapiento que jugaba en los «slooms» del barrio griego neoyorquino, Stephen Sarakiglos se quedó para siempre con aquel sobrenombre, y con el tiempo llegó a complacerse en él.

Ahora no era listo, aunque sí pequeño; era muy inteligente. Tanto, que las cancillerías europeas estaban constantemente preocupadas con él. Pero es muy difícil probar nada a quien jamás figura en nada.

Operaba casi siempre desde Suiza. Pero para él, cualquier país era bueno si en él se podían hacer negocios.

Vender hoy a uno y mañana al otro era su lema, un lema que hacía que sus sólidas cuentas bancarias aumentasen en razón directa a su trabajo.

Miró fijamente a Adolf en particular.

—¿Y bien? —preguntó, con sequedad.

—Nada todavía, señor —dijo el alemán—. Hans se encargó de eso, pero no ha conseguido nada. Quizá es que no se encuentra en Innsbruck...

—¡Idiota! Sabemos perfectamente que sí. La vieja Craddock salió de Innsbruck. Luego Evans se esconde aquí. Estoy rodeado de ineptos. Ayer mismo he tenido noticias de París. Alguien ha matado a Morlage y ha entregado a la policía a Desaix, cuando iban a buscar a la hermana de Mónica. Eso significa que Mónica ha dado los papeles a alguien...

—Tuvo que ser así, señor. No los tenía cuando yo la empujé en el Arlberg. Estoy completamente seguro, señor.

—¡Estúpido! ¿Miraste en su bolso, en sus bolsillos, en su seno, en todas partes?

—Sí —afirmó, lacónicamente, Adolf—. Los papeles no estaban allí, señor. Sabe usted que si lo afirmo es verdad.

«El Gorrión» se sentó y paseó su vista por los cinco hombres.

—¿Quién iba con ella en el departamento?

—Solamente un individuo rubio, con aspecto de tonto. Tal vez fuera americano. Pero no hablaron siquiera.

—¿Cómo lo sabes? —retrucó el «Gorrión», castañeteando los dientes.

Cuando hacía eso, sus hombres, por regla general, se echaban a temblar.

—Porque... lo vi. No, señor, no hablaban.

—Americano..., ¿eh? Bien. Alexis.

—Señor.

—Investígame todo eso. Quiero saber quién era el individuo que

vijaba en aquel departamento con la Craddock.

—Sí, señor.

El servio, que había dado dos pasos adelante al ser nombrado, volvió a su puesto.

Únicamente con el «Gorrión» no se atrevía a gastar bromas.

—Tú, Hans, seguirás buscando. Ayúdale, Adolf. Estoy viendo que Hans es demasiado lento e... ineficaz. No me gustaría tener que despedirme de ti, Hans.

—No, señor —afirmó el suizo, laboriosamente y con la cara un poco pálida.

—No nos veremos más aquí. Es peligroso. Todas las tardes iré a dar un paseo por el Brennerhütte. Uno cualquiera de vosotros se reunirá conmigo allí y me dará cuenta de las novedades. En caso de peligro, venid aquí y defendeos con las armas, aunque no creo que haga falta.

—Siempre he preferido que mis hombres trabajen con la cabeza, no con las pistolas. Tengo la impresión de que Evans está en alguna casa particular. ¿Entendido? No quiero fallos.

—Entendido, señor —dijo Adolf, poniéndose en pie.

—A la faena. Esperad diez minutos. Al subir hemos visto a una pastora de vacas en el sendero. No quiero que os pueda relacionar alguna vez. La policía austríaca es una de las más imbéciles que vi en mi vida, pero incluso el policía más tonto da en el clavo a veces.

Se volvió y salió, sin despedirse. Los dos hombres, altos y anchos de espaldas, le siguieron, con las manos en los bolsillos.

Adolf esperó diez minutos, reloj en mano. Luego les dijo a los otros:

—Hora. Alexis, ya sabes lo que has de hacer. Vamos, Hans.

Bajaron por el caminito. Sentada en una roca había una muchacha de largas trenzas rubias y ojos azul cobalto. Su cara, quemada por el sol, era bonita y graciosa. Su corta falda tirolesa dejaba ver un par de bien torneadas piernas.

Alexis se paró y le dirigió una sonrisa. La moza le miró de arriba a abajo, y soltó la carcajada.

—¡Vamos, idiota! —dijo Adolf.

A menudo la excesiva afición a las mujeres de Alexis les había puesto en aprietos. Con desgana, el yugoslavo siguió camino adelante pero volviendo la cabeza hacia atrás. Tenía idea de volver

a acercarse por aquel sitio.

La pastora llamó a su perro, se puso en pie y sacudió su falda. La sonrisa había desaparecido en su cara, en la que había ahora una expresión pensativa.

El perro, un alsaciano enorme, de recias quijadas, llevaba un collar de púas. Las manos de la pastora anduvieron un momento con el collar, y una de las púas se abrió en dos.

La jovencita colocó un papelito de color rosa, volvió a cerrar la púa y le dio una palmada en un anca al animal.

—Anda, «meinliebe» —dijo.

Y el perro echó a correr con la lengua fuera hacia la población.

La pastora volvió a sentarse en la hierba, y empezó a cantar afinadamente un «lied» que hablaba de amor, y de muerte. El sol estaba llegando a su cénit.

* * *

El perro corrió sin descanso hasta llegar a una casita de picudo tejado de pizarra, que se hallaba en las afueras de la ciudad. Estaba rodeada por un pradito, en el que crecían unos cuantos álamos y robles. Detrás de ella había algunos establos.

El perro empujó el portillo y se metió en el pradito. Una mujer, muy parecida a la joven del camino, se asomó a la puerta.

—Aquí, «Kalserkopf»^[3]—dijo, irreverentemente.

El animal se le acercó y colocó su gran cabeza sobre la falda de la mujer. Ésta le rebuscó el collar, y al ver el papelito rosa, su tostada cara palideció un poco.

Entró en la casa y se dirigió a la cocina.

Sus robustos brazos movieron un armario de sitio y apareció una trampilla en el suelo.

La casa estaba construida sobre el cauce seco de un antiguo riachuelo, de manera que quedaba, realmente, una gran cueva natural al lado de los cimientos.

Era un lugar abrigado en el invierno y fresco en el verano, donde el padre de la mujer había construido su bodega.

Jamás habló a nadie de la existencia de aquel escondrijo, porque tenía miedo de que le robasen las existencias de vino del Rin y de Johannlsberg.

En aquel momento, entre los barriles, sentado a una pequeña

mesita, había un hombre. Contaría unos cuarenta años y tenía un pelo suave, rubio y unos ojos de querubín.

Sus manos eran finas y cuidadas, y su cara muy delicada. En este momento estaba dibujando, a la luz de un candil de aceite.

—Hilde envía un papelito rosa, «*herr*» Evans —dijo la mujer, respirando agitadamente por haber descendido la escalera demasiado aprisa.

El profesor Evans se puso en pie y se acercó a ella.

—Eso quiere decir que algo ocurre, ¿eh?

—Así es, «*herr*» profesor. Debe usted prescindir de sus pequeños paseos.

El hombre le dio unos golpecitos en el desnudo y fuerte brazo.

—Gracias, Herminia. No sé cómo podré agradecerles a usted y a su hija lo que...

Herminia movió la cabeza negativamente.

—La señora Craddock fue muy buena conmigo y con Hilde, ya se lo dije al «*herr*» profesor en otra ocasión. Por ella hago esto.

Evans estaba muy turbado. Hizo un gesto como apartando todo aquello, y volvió a su mesa.

—Si algo ocurriese, avisaría enseguida, «*mein herr*» —afirmó Herminia.

Y subió de nuevo a la casa a dar prisa a las criadas.

El que Hilde estuviera en el campo era únicamente por vigilar para impedir que ocurriera algo al muy digno profesor.

En la granja había bastantes criados. Hilde era muy lista. No en balde había estudiado el Bachillerato en Viena. Y el año siguiente empezaría sus estudios superiores.

Herminia se asomó a la ventana. Y lo que vio la llenó de aprensión. Un hombre y una mujer —y no austríacos, desde luego —, avanzaban por el sendero y pasarían al lado del portillo.

Todo desconocido era un peligro en potencia para Herminia, así que volvió a la cocina, empujó el armario, hasta que ocultó casi por completo la boca de la cueva.

La pareja se había detenido al lado del portillo, y Herminia vio cómo la joven, una hermosa muchacha, de pelo castaño y de esbelta figura, se quitaba un zapato y sacudía la tierra de él.

Herminia se fue acercando a través del prado, moviendo armoniosamente su robusto y bien formado cuerpo.

Salió del refugio de los árboles, apareciendo a la vista de los paseantes.

La joven dio un respingo al ver que se acercaba alguien. Sus ojos se fijaron en la honrada y bien parecida cara de la matrona, y comprendió instantáneamente que allí había alguien no hostil.

—Deseo muy buenos días a los dignos señores —dijo Herminia.

El hombre alto, moreno, de ojos grises, la observó cuidadosamente.

—Buenos días. ¿Podríamos beber un poco de agua? —dijo en alemán.

—Y descansar un momento bajo esos árboles —pidió la joven, tirando un pellizco a su compañero.

Éste respingó.

—Estate quieta.

Herminia dudó un momento. Pero ella, que era incapaz de pensar nada malo de nadie, leyó en los ojos de la joven un cansancio tan grande y soportado tan valerosamente, que no pudo sustraerse.

Abrió el portillo y los invitó a pasar.

—Les traeré unos vasos de leche bien fría. ¿Me perdonarán los bien nacidos señores si les digo que los zapatos de «*Frau*» no son los mejores para andar por aquí?

—Lo estoy aprendiendo a mi costa —repuso la chica—. ¿Cómo me iba a figurar que tú, bruto —añadió en inglés, dirigiéndose al hombre—, me ibas a hacer andar tanto?

—Déjame tranquilo un momento. Necesito pensar.

Ethel le tiró una piedra. De pronto. Alan miró a su alrededor, observó los árboles y sacó un papel de su bolsillo.

Era la carta en clave, traducida al inglés, pero tergiversando las palabras, de manera que, de momento, él sólo pudiera leerla.

—Ethel —dijo quedamente.

—¿Qué?

—Me parece que estamos llegando al final del viaje. Aquí, Mónica no quiso decir el nombre de la granja, pero habla de... ¿Cuántos kilómetros habremos andado por ese sendero?

—No sé. Unos dos o tres.

—Exacto. ¿Y ves alguna granja cerca?

—No —contestó, mirando a su alrededor.

—Bueno, pues o mucho me equivoco, o estamos en el buen sitio. Esa mujer tiene que saber algo. Habrá que presionar un poco.

Volvía la mujer, acompañada de un enorme pastor alsaciano, de brillantes ojos y fuertes quijadas, que se colocó a su lado, mirándoles con sostenida atención.

Ethel apartó precavidamente sus piernas, enfundadas en seda, de las grandes zarpas del animal.

—Su leche, «mein herr und gnádige frau» —dijo Herminia, ofreciéndosela.

Ethel se fijó en que la bandeja era de plata, finamente labrada.

—Gracias, señora —la conversación se sostenía en alemán—. Se está muy bien aquí —y Herminia hizo una encantadora reverencia.

—No vendrán muchos forasteros, ¿verdad? —preguntó Brade, bebiendo el líquido de su vaso de un trago.

Se quitó el sombrero y lo dejó en la hierba, a su lado. El perro se sentó ante el sombrero, y lo observó curioso.

—Pocos, señor —dijo Herminia.

Una débil sospecha se estaba insinuando en su mente. Sabía que a buscar a «herr» profesor habría de venir una mujer de mediana edad. Estos dos jóvenes... decidió alejarlos lo antes posible.

La interrumpió un grito. Por el camino que descendía de la montaña bajaba una figurilla saltando de roca en roca, las flotantes trenzas sirviéndole de estela. El perro «Kaiserkopf» se puso en pie, alerta.

De pronto, Herminia dio un grito. Detrás de su hija venía un hombre, que se paró al ver la casa.

Hilde corrió hasta el portillo, con las mejillas llameantes de rubor.

—Me persiguió —dijo entrecortadamente «Gesindel».

«Kaiserkopf» pareció comprender. Su esbelto cuerpo se lanzó hacia el camino como una flecha de músculos y de ferocidad.

El hombre avanzaba tranquilamente, con las manos en los bolsillos. Al ver al perro, sacó la mano, y una pistola apareció en ella, una «Ñata», de mortífero aspecto.

—Llamen al chucho o le meto una bala en un ojo —gritó en alemán.

Herminia dio una sola voz, y «Kaiserkopf», a regañadientes, quedó parado.

El hombre, moreno, con ojos azules muy fríos, de pronunciados pómulos, avanzó hasta el portillo.

—Te asustaste de nada, preciosa —le dijo a Hilde—. Sólo quería darte un beso.

—¿Le parece poco? —dijo Ethel, sin poderse contener.

El hombre dejó caer sobre ella la mirada líquida de las pupilas.

—Y, ¿qué diría si la besase a usted? —preguntó.

Su pistola iba juguetonamente de uno a otro lado, y además, no perdía de vista al perro.

—Tampoco usted es fea, señorita. ¿Inglesa?

—¡«Gesindel»! —repitió Hilde—. Es usted una bestia inmundada. Aún hay policías en Innsbruck.

—Están lejos, «mein herz».

Alan Brade se puso en pie, desperezándose, y el hombre de los ojos azules le miró curiosamente.

—Estese quieto. Esto es una pistola, por si no lo sabe.

—No —dijo Brade.

—Ande, váyase usted de aquí, sátiro —dijo Ethel.

Las palabras alemanas, al pronunciarlas ella, adquirirían un aire de desprecio imposible de describir.

Las orejas del hombre ardieron, y su mano derecha avanzó como para abofetear a la joven. Jamás terminó su movimiento.

Era un asesino Alexis Rankovicz, y despreciaba a las personas corrientes.

Su error fue no darse cuenta de que Alan no era una persona corriente.

El puño de Alan Brade se estrelló contra el plexo solar de Alexis con el ruido de un automóvil al atropellar a una persona. Ese golpe, dirigido a la punta del corazón, puede matar a un hombre.

Inmediatamente, Brade saltó el portillo y apartó al perro que se lanzaba ya sobre el inerte cuerpo.

La pistola sonó de pronto con un fragor que repitieron los ecos de las montañas.

El tiro iba dirigido a Brade, pero fue «Kaiserkopf» quien lo recibió en plena boca abierta. Sólo su impulso adquirido fue el que le hizo caer sobre Rankovicz, porque para entonces ya estaba muerto.

Brade se lanzó sobre el pistolero en un «tackle» técnicamente

perfecto. De nuevo su puño entró en contacto con el pistolero, y la cabeza de éste golpeó contra el suelo. Alan se levantó, limpiándose las manos.

—Mató a «Kaiserkopf» —dijo, desconsoladamente, Hilde, arrodillándose sobre el cuerpo del animal.

Ethel le puso la mano en el hombro.

—Murió por defenderla a usted, querida. No se martirice.

—Alguien va a pagar la muerte de ese animal —dijo Brade, ceñudo, apoderándose de la pistola del yugoslavo.

En aquel momento, una voz les llegó desde la casa:

—Arriba las manos, asesino —dijo.

Y un hombre, en mangas de camisa, al aire el suave pelo rubio, apareció en la puerta. Llevaba una pistolilla en la mano.

El primer movimiento de Alan fue disparar contra él, pero, de pronto, soltó su pistola, sonrió, y después soltó una carcajada.

—¡Oh!, «mein herr»... —dijo Herminia, abriendo los brazos expresivamente.

Y Alan siguió riendo durante un momento.

CAPÍTULO V

—Usted es Evans, ¿no es así? —preguntó Brade.

La mano de Evans, con su pistola, se dirigió hacia Alan.

—Y usted uno de esos malditos espías que me andan buscando, ¿verdad? Bueno, pues no le dejaré escapar. Le entregaré a la policía, si es que hay policía en este cochino país.

Brade se acercó a él, riendo aún.

—No se preocupe, Evans. La hermana de Mónica Craddock no pudo venir, pero yo lo hice en su lugar. Mire esto —y le enseñó un carnet.

El hombre lo contempló, incrédulamente.

—¿Cómo sabré que no es falso?

—Tendrá que fiarse de mí.

En aquel momento Evans lanzó una mirada al postrado cuerpo de Rankovicz.

—¡Ése! —dijo de pronto muy excitado—. Ése fue uno de los que nos tirotearon en Zurich a *mistress* Craddock y a mí. Le recuerdo muy bien.

—¿De veras? —preguntó, suavemente, Brade.

Se acercó al pistolero, le levantó del suelo, y lo apoyó contra un árbol. Un círculo de caras interesadas lo rodeó inmediatamente.

—Necesitaría un poco de agua fría para reanimar a este hombre, «*frau*»...

—Schratt —dijo ella muy contenta—. «*Frau*» Schratt, a su servicio.

Alan cargó con el cuerpo del pistolero, y se dirigieron a la casa.

La joven Hilde quedó en la puerta, con el encargo de avisar a un mozo de la granja de que estuviera alerta por si llegaban desconocidos.

Ethel se dejó caer desmayadamente en un gran sillón de cuero repujado, y procedió a quitarse los zapatos y las medias.

En aquel momento recobraba el sentido el croata. Miró a su alrededor con aire atontado, y luego se encaró con Brade.

Éste estaba arrodillado a su lado, en el suelo.

—Agente del «Gorrión», ¿verdad? —preguntó Brade.

El otro lo miró con desprecio, y de pronto, sin nada que pudiera hacérselo suponer, le escupió a la cara.

Aquello cogió por sorpresa a Brade, pero inmediatamente sus ojos se volvieron como el acero fundido.

—A tu gusto, hermano.

Le aplicó una bofetada tan bestial, que el oído de Rankovicz comenzó a sangrar.

Después, Alan le metió un pulgar en la oquedad de detrás del pabellón auditivo, y esta vez sí que el otro no pudo resistirlo.

Lanzó un ligero gruñido de dolor, y Alan, al darse cuenta de que había encontrado un medio, le apretó de nuevo. Esta vez fue un verdadero alarido lo que lanzó Rankovicz.

Alan le preguntó si era agente del «Gorrión», y para ayudarle a recordar le metió una rodilla en el estómago y un par de rodillazos en los músculos de las piernas. El hombre afirmó con la cabeza, casi a punto de perder el conocimiento.

Alan lo soltó y lo dejó caer en el suelo, mientras miraba a los demás, frotándose las manos.

—Sólo falta que diga dónde podemos encontrar al «Gorrión» —dijo fríamente—. Usted, Evans, lo mejor que puede hacer es esconderse. Le prevengo que no se andarán con contemplaciones si quieren eliminarle. Y me parece que sí que quieren. Nosotros hemos de volver a Innsbruck.

Cogió al pistolero por las solapas y se lo llevó arrastrando al patio.

Metió al croata en un macizo de laureles, ante la mirada atónita del mozo de la granja. Un momento después, Rankovicz empezaba a gritar de nuevo.

* * *

El sol caía de firme sobre la estación de Innsbruck. Las losetas de piedra de los andenes estaban tan calientes, que las madres no

dejaban a sus chiquillos jugar tumbados sobre ellas.

Hacia el Sur, hacia el Brenner, se veían unas nubecillas negras. Pronto habría una tormenta, procedente del Adriático.

Se oyó a lo lejos el agudo pitido del tren, y las señales enloquecieron a los semáforos. Se encendieron las luces, y se oyó el chirrido de las ruedas del monstruo de metal retumbando entre las paredes de la estación.

—Y ese imbécil de Rankovicz, sin venir —hizo notar Adolf, que estaba sentado junto al suizo, en uno de los bancos de espera—. Esta vez no le valdrán sus arrumacos. Tenía que estar aquí en punto a la llegada del *Arlberg Express*.

La gigantesca locomotora se detuvo, lanzando chorros de vapor por el poderoso vientre.

Un momento después el andén se llenaba de pasajeros. Innsbruck es una gran estación de paso para Viena, y, sobre todo en primavera, los turistas afluyen allí a bandadas.

Adolf, de pronto, cogió del brazo a su bestial compañero.

—Atento, Hans. Ése es el hombre.

—¿Qué hombre?

—No te importa. De todas maneras, nos hemos ahorrado el trabajo de buscar.

Porque Herbert Brade acababa de aparecer en el andén, con una ligera valija en la mano y se volvía para ayudar a alguien que bajaba tras él.

Era una mujer delgada y esbelta, tocada con un sombrero de ala ancha y vestida con un traje de severas líneas.

—Vamos —dijo Adolf, poniéndose en pie—. Tenemos que seguir a ese hombre.

Y ambos se apresuraron, abriéndose paso entre los pasajeros, que se desparramaban en la soleada plaza, flanqueada de casas con soportales.

El americano y la inglesa se pararon un momento delante de la estatua, como indecisos. Un mozo se acercó a ellos y cogió las maletas. Un momento después los guiaba hacia el hotel «Bopparder».

Y hasta allí los siguieron Hans y Adolf. Este último iba alegre y esperanzado, porque la noticia llenaría de satisfacción al «Gorrión».

Tenía entre manos al hombre que viajara en el mismo

compartimento que Mónica Craddock, y acompañado por una mujer que se parecía algo a esta última.

Adolf no había visto nunca a Martha, pero las descripciones de Jacques Morlage eran categóricas.

—Estate preparado, Hans —le dijo al suizo—. Ese hombre y la mujer tienen que estar con nosotros esta misma noche. Tú verás cómo te las arreglas. Coge a un par de chicos o tres. Lo mejor será un coche.

Hans asintió, y ambos se separaron. El suizo quedó vigilando la puerta del hotel.

Adolf se dirigió rectamente hacia una de las callejas sombrías y frescas que rodeaban el Inn. En una de ellas había una construcción que sólo se diferenciaba de las que la flanqueaban en que tenía dos pisos.

Sin necesidad de llamar, empujó la puerta, e instantáneamente se encontró ante la boca de una pistola automática.

Al ver quién era, el hombre de la pistola la metió en el bolsillo y le precedió hasta una puerta interior que daba a un patio, en el que crecía un olmo enorme.

Cruzado el patio, Adolf, ahora solo, llamó a una puerta de pesado roble, y de nuevo se vio enfrentado por la brillante boca de una nueva arma.

Detrás de una mesa, colocada en ángulo con el ventanal, se hallaba el «Gorrión». El otro individuo era el segundo de sus guardaespaldas americanos.

—Y bien, Adolf —dijo, levantando la vista de unos papeles.

—He localizado al hombre que viajó con la Craddock, señor.

—¿Dónde está?

—Aquí, en Innsbruck. Viene con una mujer alta, delgada, de unos cuarenta y tantos años, que recuerda a...

«El Gorrión» alzó la mano reclamando silencio. Se acordaba perfectamente de Martha Dillard. Se habían conocido en alguna ocasión anterior.

—Da órdenes para que los cojan a los dos. Os los llevaréis a la cabaña del bosque. Haréis hablar al hombre. Si están juntos, es porque Mónica le pasó a ese hombre los papeles.

—Di ya las órdenes, señor.

—Háblame de Evans.

Adolf Künter se encogió expresivamente de hombros.

—Hans tenía razón, señor. No está en ninguna parte.

—Buscad —y el «Gorrión» extendió su dedo índice en dirección a la puerta, como pudiera haberlo hecho un rey—. En este país no están acostumbrados a los golpes de mano como en América. Utilizad, pues, el método americano. Tú, Ronald, irás con ellos. Ya sabes. Asaltáis el hotel como podáis, pero me conseguís a la pareja. Avisa a Izzard para que se quede conmigo.

Ronald, el robusto americano, se puso al lado de Adolf, dispuesto a partir.

—A las doce, esta noche, estaré en la cabaña del bosque. Quiero allí a los prisioneros.

Adolf dio un fuerte taconazo, residuo de sus tiempos de «oberleutnant» durante la guerra del 14. Ronald se limitó a mover afirmativamente la cabeza.

Un momento después ambos estaban en la calle, después de avisar a Izzard, el otro americano.

* * *

En algún sitio de Innsbruck, en la orilla del río, se celebraba aquella noche una fiesta.

El sonido constante de los acordeones y las cítaras, unido a las dulces voces de las campesinas, llegaba hasta el hotel «Bopparder», que se había vaciado casi de turistas.

Herbert, asomado al balcón, en mangas de camisa, observaba la oscura calle, pensativamente.

A la mañana siguiente tendría que empezar a buscar a su hermano. No sabía si sentir o alegrarse por el impulso que le había hecho venir a Innsbruck.

Sólo sabía que cuando aquella mujer, Martha Dillard, se presentó en su casa y le preguntó por Alan, él había sentido un amago de terror. La mujer estaba como bajo el peso de un gran dolor, aunque procurase ocultarlo valientemente. Le dijo que ella también partía para allá. Parecía algo molesta porque Alan se hubiese marchado solo.

Entonces, Herbert, sin pensarlo, impulsivamente, decidió acompañarla. Después de telefonar a *miss Stilwell*, se enteró de que estaba también fuera de París.

Un leve golpecito en la puerta de su habitación. Fue a abrir y vio en el umbral a Martha Dillard, en bata y con un cigarrillo en la mano.

—Venía por un fósforo —dijo—. Se me acabaron en ese maldito viaje.

Herbert le ofreció fuego. Mientras lo hacía, oyeron los pasos de alguien que subía la escalera, pero no miró siquiera por encima del hombro de su compañera, creyendo que sería algún cliente que volvía.

Cuando notó que los pasos se habían detenido delante de ellos, miró. Y vio a un hombre alto, con un sombrero de fieltro blando, que le amenazaba con una pistola. Detrás de él, otro, un poco más bajo, descubierto.

—Pasen dentro —gruñó el de la pistola, empujando levemente a Martha Dillard.

Cerraron la puerta, y el que había hablado se aproximó a Herbert con un rápido movimiento y le descargó el cañón en la mandíbula. Éste se desplomó como un saco.

El segundo individuo sacó una cuerda de su bolsillo y ató a Herbert por los hombros. Hecho esto se asomó a la ventana.

Un coche «Mercedes», negro, se había detenido en la calleja. Con una flexión de sus poderosos brazos, Ronald sacó al desmayado Herbert por la ventana y lo fue dejando deslizar hasta que tocó el suelo.

Sin perder tiempo, los hombres del «Mercedes» se apoderaron de él y lo metieron dentro.

Martha Dillard no intentó siquiera defenderse. Habíase visto en circunstancias semejantes muchas veces, y sabía lo útil que era dejarse dominar, sin oponer resistencia. Se dejó atar pasivamente, con la única objeción de que necesitaría vestirse. El alemán sonrió y no le contestó.

Un momento después el coche rodaba silenciosamente hacia las afueras.

CAPÍTULO VI

Alan Brade encendió un cigarrillo y miró a su compañera con aire adusto. Sus fríos ojos grises llenaron de aprensión a la muchacha.

—Dos chelines por lo que estás pensando —le dijo ella—. Ese cerdo no quiso hablar. Y me extraña, Ethel. Suelo ser... muy persuasivo.

—Ya lo vi —repuso ella con un estremecimiento—. ¿Cómo puedes acostumbrarte a maltratar a la gente?

—No me acostumbro. Pero eso es algo que hay que hacer, y alguien tiene que hacerlo. No les tengas demasiada compasión, encanto.

La mano de Ethel acarició la del agente suavemente, por encima de la mesa cubierta con el azulado mantel.

Estaban en el comedor del «Karindegarten», y el camarero se acercaba ya con las bebidas. En aquel momento empezó a tocar la orquesta. Ella sonrió luminosamente.

—Y si nos olvidásemos de eso, querido...

Empezaron la cena. En la mesa de al lado, un matrimonio francés cambiaba impresiones en voz baja.

—Te digo que sí «chérie». No podían ser matrimonio. Ella era más de veinte años mayor que él. ¡Si lo sabré yo, «hein»! La vi cuando subían la escalera.

—

«C'est terrible». Apenas puede uno viajar tranquilo. Te dije que nos debíamos haber quedado en París. Al menos estaríamos seguros y protegidos. Pensar que a uno le pueden ocurrir estas cosas horribles en un hotel que una cree tranquilo.

—El gerente está como loco. «Nom

d'un

nom». Claro, como que seguramente se despoblará el «Bopparder». Y eso que ha procurado dar la menor cantidad posible de publicidad.

«El policía dijo que habían escapado o que se los habían llevado, descolgándose por la ventana.

“C'est

bien étrange”... En fin. Él era americano, no inglés».

—Inglés, «chérie». Te lo digo yo.

—Americano, ¿me oyes? Si le oí hablar al pasar por mi lado. Era americano, hablaba con la nariz.

Alan se levantó de pronto, como picado por un resorte.

—Dispénseme, *madame* —dijo, enfrentándose con ellos. La mujer, de unos treinta años, le miró un poco asombrada—. ¿Hablan ustedes de un americano que se hospedó en el «Bopparder»?

—Se hospedaba —dijo, lacónicamente, el francés—. Ahora, ya no. Lo han robado o se ha escapado.

—¿Saben ustedes cómo se llama? —preguntó Alan, sosteniendo su cigarrillo con mano que le temblaba.

—Lo ignoro, *monsieur* —respondió la francesa.

—Cosa extraña. Se entera siempre de todo aquello que no tiene importancia. En fin, *monsieur*. No lo sabemos.

Alan volvió a su mesa y cogió a la muchacha del brazo.

—Se acabó la cena y el baile, querida. Hemos de ir al «Bopparder». Un americano y una inglesa han desaparecido de él y no podría dormir tranquilo si no me entero de cómo se llaman.

El «Bopparder» está relativamente cerca del «Karindegarten».

En unos diez minutos entraban por la puerta del hotel.

Había un «politzei» de guardia, y les miró con atención cuando entraron. Un gerente, descompuesto y tembloroso, les preguntó qué deseaban.

—Quiero saber cómo se llama el americano que desapareció anoche aquí. También soy americano.

—¿Con qué derecho quiere saber eso, «mein herr»? —preguntó el policía.

—Con el de ser conciudadanos —respondió Alan con frescura—. Conozco a varios americanos en Austria y quizá sea uno de ellos. No me gustaría tener que ir diciendo por ahí que Austria es más

peligrosa para los turistas que las selvas del Dahomey. ¿Me lo dice?

—Se llamaba Barton, señor —dijo el gerente—. Hessie Barton y *mistress* Karen.

Cuando Alan y Herbert eran pequeños, muchachitos de doce años, acostumbraban a cometer toda clase de travesuras —es decir, las cometía Alan, y Herbert pagaba los vidrios rotos—. En vista de ello, el ingenuo de Herbert decidió que, cuando fuera a alguna parte con su hermano, él se llamaría Hessie Barton, que era el nombre del protagonista masculino de un libro que leía en aquel momento. Desde entonces utilizó mucho aquel nombre. Además, las iniciales correspondían.

No hubo ni un gesto en su cara que permitiera adivinar lo que pensaba. A Ethel le pareció que aquel hombre no había dicho nada a su compañero, pero se asombró cuando, al salir a la calle de nuevo, le oyó a él maldecir en voz baja.

—Si han hecho algo al muchacho —dijo, acompañando la frase con maldiciones fuertes—, los voy a desollar vivos uno a uno. Ratas indecentes, eso es lo que son.

—Si me dices de qué hablas, quizá yo pueda maldecir también —dijo ella, escandalizada—. Si sigues así, nos van a llevar al manicomio.

—Ven. Se trata de Herbert. «Él» es Hessie Barton. Y esos condenados coyotes, malditos de Dios, lo han cogido. Seguramente la que iba con él es Martha Dillard. Si le tocan al chico un pelo de la ropa...

—¿Herbert? ¡Bendito Dios! Y, ¿qué hace por ahí con nombre supuesto?

—No hagas más preguntas. Vamos a la granja de la Schratt.

Dos pasos más allá había un alquiler de bicicletas. Alan llamó fuertemente a la puerta, hasta que la abrieron, y pidió dos máquinas.

Después de vencer la resistencia del comerciante, se encontraron los dos pedaleando por la carretera, a la luz de la luna tirolesa.

El camino pasaba entre dos taludes de tierra. A ambos lados, sobre las crestas de los taludes, crecían pinos salvajes, de recios troncos apuntados hacia lo alto.

En el momento en que se introducían por aquella especie de trinchera natural, el aguzado oído de Alan captó un sonido

deslizante.

Frenó la máquina y puso su brazo delante de la joven, para que hiciera lo mismo. Las dos bicicletas se detuvieron, y Alan prestó oído, pero el ruido no se repitió.

De todas maneras, obligó a la joven a ampararse detrás de un pino, y él emprendió la subida por un talud.

Apenas llegó a la cresta, haciendo el menor ruido posible, algo brilló entre los árboles. Un rayo plateado había hecho saltar resplandores de algo metálico. Un arma quizá.

Brade se tiró al suelo justamente en el momento en que una bala pasaba silbando sobre su cabeza.

El fogonazo partió de un grupo de árboles extrañamente juntos que crecían al borde del talud que daba sobre la carretera, pero no se oyó ninguna detonación. Quien fuera estaba usando silenciador.

Brade sacó la pistola. El disparo no volvió a repetirse, pero «algo», algo más oscuro que las sombras que proyectaban los árboles, se deslizó, paralelamente al borde del talud.

Los penetrantes ojos de Alan siguieron los movimientos de «aquello» como acostumbran hacer los soldados en las noches de patrulla: sin mirar fijamente al objeto, sino un poco al lado.

Al mismo tiempo, su mano fue subiendo lentamente hasta conseguir que la figura estuviera situada al final de la línea de mira.

De pronto, perdió de vista a su enemigo. Eso sólo quería decir que el otro había dejado de moverse. Al mismo tiempo, desde la carretera, le llegó el ruido de un siseo. Ethel estaba tratando de comunicarse con él.

El siseo perdió al hombre. Alan vio claramente una cabeza que se recortaba en el baño de plata de la zona iluminada por la luna, y disparó sobre ella.

La detonación despertó los ecos de la callada campiña. A lo lejos ladró un perro, y un pastor tocó su cuerna modulando gravemente las notas, para advertir a sus compañeros.

Alan se lanzó adelante, seguro de su puntería. En efecto, el hombre estaba muerto. Era un tipo alto, de pelo negro y labios gruesos, un italiano del Norte, seguramente, pensó Alan. En aquel momento, Ethel llegaba jadeante hasta allí.

—No te acerques —le dijo Brade.

La joven lanzó un sollozo ahogado.

—Creí que te habían matado —dijo, nerviosamente—. ¿Quién es éste?

—No lo sé. Ni sé por qué ha disparado contra nosotros. Pero le dejaremos aquí. Toma, coge eso.

Le alargaba la pistola del muerto. Ethel la cogió con un poco de desconfianza.

Montaron de nuevo en las bicicletas, y siguieron el camino redoblando las precauciones.

Aquellos individuos ya habían descubierto la personalidad de Brade. Cómo había sido posible eso. Alan no lo sabía.

Llegaban a la granja de los Schratt. Pararon las bicicletas delante del portillo, y Alan lo empujó. Estaba abierto.

La luz de la luna iluminaba perfectamente el pradito de delante de la casa, con sus robles y esbeltos álamos. Ethel tironeó nerviosamente de la manga de Brade, que avanzaba confiadamente.

—Mira aquello.

Le señalaba un bulto tendido ante la puerta de la casa. Alan echó mano de la pistola y apuntó, pero el bulto no se movía.

Cautamente, resguardando a Ethel con su cuerpo. Alan se fue aproximando. De pronto, dejó de lado las precauciones y se precipitó adelante. En efecto, su vista no le había engañado.

Se trataba de un hombre tirado en el umbral, y estaba muerto. Llevaba pantalón corto, tirantes con una banda horizontal en el pecho y camisa blanca. Era, en suma, un mozo de granja.

—Ésta es una noche búlgara —hizo saber Ethel, sin acercarse más, temerosamente.

—Quítate de en medio de la luz de la luna —le dijo Alan, gruñendo, mientras la pistola aparecía en su mano.

La joven se refugió detrás de un grupo de álamos, mientras él avanzaba hacia la puerta. Detrás de ésta había algo que resistió a sus fuerzas, algo que impedía que se abriera.

Alan tomó una corta carrerilla, lanzando al diablo las precauciones. Empujó la puerta con todas sus fuerzas, y lo que fuese cedió hacia dentro, mientras él caía sobre el suelo, trastrabillando y luchando por recuperar el equilibrio.

Adquirió la vertical nuevamente y se volvió para ver qué era lo que obstaculizaba la puerta, y se encontró al segundo mozo de la granja.

El primero había muerto de un balazo, pero el segundo había sido acuchillado repetidas veces, y se bañaba en su propia sangre.

Alan ahogó una maldición y, con los nervios tensos, empezó a andar hacia el interior. Por una de las ventanas, entreabierta, penetraba un rayo de luna que iluminaba difusamente la habitación.

Alan procuró no pasar delante de él, sino dando un rodeo. De todas maneras, el ruido que había hecho sería suficiente para advertir a alguien, es que le estaban esperando.

Cruzó el cuarto hasta hallarse en la pared de enfrente y tanteó en busca de la puerta que le llevaría a la cocina. Sus manos no encontraron más que las tinieblas y el vacío.

Se detuvo, procurando que su respiración no le delatase, y luego dio un paso adelante. Y...

No fue más fuerte que el chasquido de una palmada suave, pero Brade había oído demasiadas veces, en la academia del

F. B. I.,

en Virginia, aquel sonido.

Era el que se produce cuando se dispara con una pistola de aire comprimido. A pequeña distancia, estas armas son tan eficaces como las de fuego, y, sin embargo, más silenciosas aún que una pistola con silenciador.

Se echó hacia adelante, tropezando al caer con un cuerpo, al que arrastró al suelo. El brusco dolor, escozor, mejor dicho, que había sentido en el brazo izquierdo, le avisó de que, aunque fuera superficialmente, había sido tocado. Pero ello no tenía «demasiada» importancia ahora.

Sin soltar la pistola, sus brazos rodearon un cuerpo algo más pequeño que el suyo, que se debatía como un gato furioso. Una mano le agarró por los cabellos, y al intolerable dolor, la cabeza de Brade se dobló hacia atrás.

Pero ya su codo derecho había golpeado con fuerza una mejilla, y su rodilla trabajaba el vientre del caído.

Sintió un gemido ahogado, y la mano que tiraba de su pelo le soltó. Como una flecha, Brade volvió a la carga.

Su puño, cerrado, se convirtió en un martinete, que descendió sobre su contrario. Éste volvió a gemir, y una mano con pistola se plantó firmemente en el pecho de Alan.

Apenas tuvo el tiempo justo para apartarla de sí antes que el aire a presión enviase un nuevo emisario de plomo y níquel a hundirse en la pared.

Alan no quería matar a su contrario, porque deseaba extraerle algunos informes. Pero ante la amenaza de la pistola, se volvió furioso en extremo.

Su mano derecha cogió la del otro, y el arma se fue volviendo lentamente ahora hacia su poseedor, el que se debatía bestialmente entre las poderosas rodillas de Alan.

La pistola estaba apuntando ya al pecho del hombre. Alan, por primera vez desde que empezó la pelea, habló:

—Ríndete. Vas a morir si no lo haces.

La contestación fue un nuevo movimiento del otro para arrebatarse la posesión del arma, y ésta se disparó.

Alan se puso en pie de un salto y sacó del bolsillo su linterna, confiando en que no se hubiera roto.

Mientras luchaba con el hombre, un débil olor le había llegado a la pituitaria, un olor que recordaba. Se trataba de la brillantina que usaba el croata Alexis Rankovicz.

Éste estaba ahora terriblemente quieto a sus pies, mientras un chorro de sangre le caía de la comisura de la boca.

Alan le registró rápidamente, sin encontrar nada, aparte de una cartera con dinero austríaco y algunos documentos a nombre de Rankovicz.

Luego, sabiendo que el croata solo no había podido desatarse y burlar la vigilancia de Evans, Alan se dijo que habían tenido que ayudarlo desde fuera. En este caso, ¿dónde estaban «*frau*» y «*fraulein*» Schratt?, y ¿dónde Evans?

No tardó mucho en saber la contestación a sus preguntas. Por lo menos, a una de ellas.

En la habitación de al lado, una alcoba, tirado en el suelo, estaba el cuerpo medio desnudo de «*frau*» Schratt.

Se veía que había saltado del lecho en el momento en que le apuñalaban.

A la vista de la sangre que llenaba el cuarto —hasta las paredes estaban manchadas allí donde los dedos asesinos se posaron—. Alan hizo una mueca.

La buena y bella «*frau*» Schratt, Herminia, como la llamaba

Evans, no volvería a dar un vaso de leche a nadie en la puerta de su casa.

Su hermoso pelo rubio le caía desordenadamente sobre los hombros, ya que deshacía sus trenzas para dormir.

El ruido de leves y temerosos pasos le sacó de sus meditaciones. Inmediatamente empuñó la pistola y se colocó al lado de la puerta, apagando la linterna. De pronto oyó una voz que musitaba bajito:

—Alan..., Alan...

—Aquí, Ethel.

Y la muchacha cayó en sus brazos, sollozando, mientras Alan la sacaba del cuarto, para que no viera el horror de aquel dormitorio.

Le dio unos golpecitos en la espalda, y de pronto sus cuerpos se encontraron unidos y sus bocas se pegaron una a otra como dos llamas. El amor surge aún con más fuerza cuando la tragedia lo cobija.

—No hay nada que hacer, querida —le dijo Alan, arrastrándola fuera—. Esos dos pobres muchachos y «*frau*» Schratt están muertos. Y no sabemos dónde pueden estar Evans, mi hermano, la Dillard y la joven tirolesa. Pero, al menos, uno no volverá a asesinar a nadie.

La luz de su linterna alumbró de nuevo el cadáver del mozo que estaba apoyado contra la puerta hasta la que llegaron.

Seguramente, el hombre, en su agonía, había intentado salir al prado, y la muerte le alcanzó antes de lograrlo. Pero había algo más.

Sobre el suelo, de madera de pino, había escrito algo, con la misma sangre del pobre muchacho. Estaba ya negruzco, pero aún se podía leer. Decía: «Das Holzhaus».

—La cabaña del bosque —tradujo, pensativamente. Alan—. No es mucho, la verdad.

—Escucha —le dijo la joven—. ¿No recuerdas que Hilde habló de una casa que ella había estado vigilando? Decía que le extrañaba el que allí se reunieran unos hombres a veces. Perteneció, según creo, a un cazador que la empleaba durante las temporadas. ¿No será...?

Alan la miró atentamente.

—Quizá —dijo—. No hay nada más que hacer aquí, Ethel. Vámonos.

Cuando salieron al prado se oían a lo lejos las melódicas

trompas de los pastores tirolese. Ethel sabía que se estaban comunicando unos a otros que algo raro ocurría.

El tiro con que Brade acabara con el pistolero en la carretera debía haber puesto en conmoción a toda la montaña.

Cogieron las bicicletas y las escondieron entre unos matorrales. Recordando el camino por el que Hilde bajaba cuando la persiguiera Rankovicz, Brade se dirigió hacia él.

Empezaba en una pequeña meseta a la derecha del sitio en que se hallaban, y serpeaba a través de las recias pinadas. La luna comenzaba a ocultarse tras de los árboles, y Alan, que no quería encender la linterna, cogió a su compañera del talle.

—Deberías volverte a Innsbruck, estorbo —le dijo—. Esto no ha hecho más que empezar, y ya ves.

La joven lanzó dos o tres interjecciones fuertes, y le aseguró que nada ni nadie le haría dejarle en la estacada.

Y que ella no era un estorbo, sino una ayuda. A esta última frase sonrió Alan con ironía, pero no había nada que replicar.

El camino, al desaparecer la luna, se hizo casi invisible. Tropezaban, según andaban, con las raíces de los árboles, con las piedras y las ramas secas.

Fue una marcha espantosa, en medio de las tinieblas, esperando a cada momento oír un disparo que acabara con ellos o bien sentir de pronto un cuchillo entre las costillas.

El hombre que hizo la carnicería en la granja de «*frau*» Schratt debía ser una bestia anormal. Dieron vuelta a un pronunciado recodo, y vieron una masa negra ante ellos.

La aguda vista de Alan la clarificó instantáneamente como una casa de troncos, y se paró, sujetando a su compañera.

—Ahí está —le susurró.

Reinaba un silencio completo, y la casa se hallaba a oscuras. Lenta, muy lentamente, Alan empezó a avanzar. Ethel, quiso seguirle, pero él se lo impidió. La besó, y emprendió el ascenso.

Llegar hasta la puerta le costó casi un cuarto de hora, porque tenía que moverse con toda clase de precauciones. Dio la vuelta a la fachada, y de pronto algo que le hizo quedarse clavado en el suelo le sorprendió.

Vestía un traje azul marino, de manera que, prácticamente, era invisible. Lo que acababa de ver era una luz que se movía en una de

las ventanas. Aquello parecía una vela o un candil de petróleo, de vacilante llama.

La ventana tenía unos vidrios gruesos, dobles, especiales para protegerse contra los fríos invernales. Pero Alan pudo ver qué es lo que había en el interior.

Y lo que veía le hizo dar un respingo.

Era una habitación cuadrada, la trasera, seguramente, y había en ella cuatro personas.

Martha Dillard estaba sentada en una silla, con las manos atadas al respaldo, el pelo revuelto y los vestidos hechos jirones.

Ante ella estaba, de pie, un hombrón enorme, de pelo muy claro y unos hombros enormemente anchos. Su nuca descendía en línea recta hasta el cogote, lo que le daba un aspecto de toro. Los demás detalles se perdían en las vacilantes sombras que lanzaba la vela.

Hilde Schratt estaba tirada en un rincón, muerta o desmayada, y muy cerca de allí, casi tocando al rubio, había un hombre de facciones duras y con el sombrero puesto.

En el momento en que Alan se asomó a la ventana, el rubio levantaba sobre Martha Dillard un brazo parecido a un aspa de molino y lo dejaba caer sobre la cara de la indefensa mujer. El del sombrero parecía haber querido detener el movimiento, ya que tenía al otro cogido de la manga.

El golpe debió ser muy rudo. Martha dejó caer la cabeza sobre el pecho, mientras la silla se bamboleaba. Alan buscó desesperadamente con los ojos un medio para penetrar en la habitación, pero no había más que uno: la ventana.

Se decidió en un instante, en el momento en que el otro hablaba precipitadamente al rubio. Los sonidos no llegaban hasta Brade.

Alan levantó la pistola y la descargó, por el cañón, contra los vidrios. Se oyó un atronador ruido de cristales rotos, y entonces llegó hasta él un quejido continuado y espeluznante. Alguien se lamentaba en aquella habitación.

Los dos hombres de dentro se volvieron a una a la ventana, y el americano apuntó hacia ella con la pistola. Brade fue más rápido.

Casi no habían acabado aún de caer cristales al suelo, cuando su pistola despertó nuevamente los ecos de la dormida montaña.

Su contrario, alcanzado en el pecho, dejó caer la pistola, se tambaleó y cayó de rodillas.

De un impulso brutal, Alan se plantó de un salto en la habitación, rayándose la cara y las manos con los afilados trozos de vidrio.

Hans Lippe se movió pesadamente, pero con seguridad. Al caer su compañero, él se precipitó hacia adelante, cara a la ventana, de manera que su corpachón fue a chocar con el detective cuando éste se posaba sobre el suelo.

Lippe no estaba, al menos aparentemente, armado, pero le bastaban sus puños. Uno de ellos chocó como un martillo pilón contra el vientre de Alan y lanzó a éste contra la pared, perdido el aliento, sintiendo unas atroces náuseas y con la cabeza dándole vueltas.

No obstante, sabía que no podía dejarse abatir. Le iba la vida en ello.

Se apartó justo a tiempo para que el otro, que había avanzado de nuevo para seguir golpeando, perdiera un momento el equilibrio.

Con un esfuerzo brutal, Alan procuró reponerse. No quería disparar, si ello era posible. Ya había habido bastantes muertos aquella noche.

Su derecha trazó un círculo en un «*swing*» dirigido a la oreja de su contrincante, un golpe que el suizo encajó sin más que un ligero balanceo de la bestial cabeza.

La izquierda de Brade enganchó la mandíbula de Lippe, haciéndole trastabillar. Pero ya el gorila volvía de nuevo a la carga.

El suizo no luchaba según las reglas del boxeo. Es decir, según las reglas del boxeo inglés.

Al encontrarse parcialmente paralizado por aquellos dos golpes seguidos, su pierna se alzó, en ese feroz golpe de la «*savate*» francesa, dirigido al bajo vientre, al muslo o a la espinilla del contrario.

Alan comprendió que aquél había sido el hombre que mató a los dos mozos y a «*frau*» Schratt. Todo en él hablaba de asesinato.

Coger la levantada pierna de su contrario en el mismo momento en que chocó contra la pared y elevarla hasta el techo, para hacerle perder el equilibrio, fue cuestión de un momento.

El suizo se mantuvo un momento sobre un pie y luego se cayó pesadamente.

La culata de la pistola descendió sobre su duro cráneo y lo dejó

inmóvil, aunque Brade, habiéndole visto luchar, sabía que sería por poco tiempo.

Alan se incorporó trabajosamente, resollando con fuerza.

Tambaleándose, se dirigió hacia donde estaba Martha Dillard, en el momento en que la asustada, aterrorizada, faz de Ethel Stilwell aparecía en la ventana.

Alan cortó las cuerdas que sujetaban a la inglesa a la silla, y el cuerpo de la mujer hubiera caído de no sujetarla él.

—Pasa, Ethel —dijo Brade, penosamente—. Hay mucho que hacer aquí.

CAPÍTULO VII

El hombre que parecía americano estaba muerto y la sangre fluía de su cuello aún abundantemente. Ethel, dominando sus náuseas, se dirigió de inmediato a la muchacha austríaca, mientras Brade trataba de reanimar a Martha.

Estaba bien a la vista que ésta debía haber sufrido mucho.

Tenía la cara llena de moraduras, un ojo muy hinchado, y al desatarla, Brade comprobó que uno de sus brazos estaba roto.

Hans Lippe trabajaba bien y metódicamente. Había estado martirizando a aquella mujer de la manera más bestial que conocía. Sin duda quiso retorcerle un brazo, pero desconocía su propia fuerza y lo rompió.

Brade partió dos tablas de una mesa de pino, sujetó el brazo fuertemente, hasta juntar los huesos, y ató las dos tablas, una a cada lado. Aquello resistiría hasta que pudiera encontrar un médico.

—La chica sólo está desmayada —dijo Ethel, desde el rincón—. Le debieron golpear, aunque sin mucha fuerza. Parece que respira normalmente.

Brade se acercó. Tanto Hilde como Martha debían haber estado en la cama cuando las raptaron, ya que la inglesa sólo llevaba una bata y el pijama, hechos jirones, e Hilde, un camisón de color azul oscuro, igualmente roto.

—Tenemos que ver la manera de trasladarlas a la ciudad —dijo Brade, mirando a su alrededor.

El suizo Lippe empezaba a recobrar el conocimiento, y se incorporaba, jadeando como un cerdo. En dos zancadas, Brade estuvo sobre él.

—Bestia —le dijo, fríamente, y le dio una patada en la cara, alcanzándole debajo de la barbilla.

El suizo gruñó e intentó agarrarse a sus piernas para derribarlo; pero Brade se apartó a tiempo. Le dio otra patada, tratando de aplicársela en un ojo; pero el otro retiró la cara y sólo la recibió en la mejilla. Brade empuñó la pistola.

—Te voy a matar por lo que has hecho a estas mujeres, bestia —le aseguró—. ¿Crees tú que eres el único que sabe jugar a ese jueguecito?

Sin dejarle incorporar, le maltrató durante un rato. La voz de Martha sonó de pronto en la habitación:

—No es más que un asesino a sueldo —le dijo, con esfuerzo—. He visto al «Gorrión». Él tiene a su hermano y a Evans, señor Brade.

—¿Dónde? —preguntó Alan, acercándose a ella sin dejar de apuntar a Lippe.

—Ignoro dónde se lo llevaban, pero me parece que era a Alemania. En Baviera debe de tener buenos amigos.

—¿Por qué la dejaron a usted aquí?

—Pensaban que ése —señaló al americano—, y este puerco me harían hablar y no les convenía tener aquí a demasiada gente. Pero le he visto, y su cara no se me olvidará.

Lanzó un quejido al intentar mover el brazo. Aunque era una mujer fuerte, había sufrido demasiado, y sintió que la cabeza le daba vueltas. Se hubiera desplomado de no haber sido porque Alan llegó a tiempo a sujetarla.

—Gra... cias —dijo ella. De pronto, pareció recordar—. La muchacha... ¿está bien?

—¿Quién? —preguntó Brade, un poco asombrado.

—La joven austríaca... ca. El hombre ése —señaló trabajosamente a Lippe—, quería... abusar de ella.

Ethel lanzó un gemido y se tapó la cara con las manos. Había estado mojando con su pañuelo, humedecido en agua de colonia, las sienes de la joven.

—No creo que lo hiciera —dijo Brade—, pero si es cierto eso... —Levantó la pistola y apuntó a la cabeza de Lippe.

—¡No, Alan, por Dios! —dijo Ethel, corriendo hacia él—. La muchacha está bien y tú no puedes...

—No puedo, ¿qué? —preguntó, burlonamente. Alan, tratando de apartarla—. Es un animal inmundo, y la gente me dará las gracias si les libro de él. Quisiera hacer lo mismo con el «Gorrión».

El sonido que Alan oyera mientras se acercara a la cabaña había aumentado en intensidad, sin que ninguno de ellos, atentos como estaban a lo que ocurría, lo hubiese notado.

Súbitamente, el ruido de personas que se acercaban llegó a sus oídos. Instantáneamente, Brade se puso en guardia. La casa no tenía salida trasera, de manera que era inútil tratar de escapar. En cuanto a la ventana...

Apagó la luz de la vela, aplicando al mismo tiempo un fuerte golpe a Lippe en la cabeza. El cómo podía resistir el suizo aquella sucesión de porrazos era una cosa que le asombraba. Debía de tener la cabeza más dura que el hormigón armado.

Saltó por la ventana y cogió a Ethel para que le siguiera. Un momento después ambos estaban en la sombra de los pinos. Cerca, muy cerca de allí, vieron una serie de luces que se movían por el sendero. Llegaban varios hombres.

Alan Brade cogió a la muchacha por la cintura para llevarla con él y ayudarla a alejarse sin que crujiesen las ramas. Aunque, ciertamente, los que llegaban hacían bastante ruido, como para apagar el que ellos mismos produjeran.

Brillaron las linternas eléctricas al lado de la puerta de la casa. A su resplandor pudo ver Alan los oscuros uniformes y los cascos de la policía austríaca. Un hombre con pantalón corto, un pastor, indudablemente, los acompañaba.

Las trompas de los pastores, por alguna forma sólo de ellos conocida, habían dado la alarma a los «polizei», y uno de ellos les guiaba.

Era lo mejor que podía ocurrir. La policía se encargaría de Martha y de Hilde, y pondría en su sitio a Lippe, si es que hacían caso a Martha.

Oyeron de pronto el sonido de algo que se rompía y ruidos indicadores de lucha. Los policías eran cuatro, y si se contaba al pastor, cinco hombres nada débiles. Pues bien: el suizo «estaba combatiendo contra ellos con las manos desnudas, sin armas».

Según se iban internando en el bosque, procurando no hacer ruido. Alan se volvió y vio a la puerta de la casa cómo el suizo golpeaba las cabezas de dos policías, daba una patada al pastor, que se le había echado a los pies, y salía corriendo.

Un policía salió de dentro de la casa, con una pistola en la

mano, y disparó contra Lippe. El ruido del disparo estremeció a Ethel, y la muchacha cayó al suelo, al tropezar contra una raíz.

El policía que saliera oyó el ruido de la caída y disparó contra Alan. Éste cogió a la muchacha en brazos y echó a correr, perseguido por los disparos del austríaco.

—Nos van a matar como conejos —susurró la muchacha, agarrándose fuertemente a él y sintiendo cómo las ramitas de los pinos le fustigaban en las mejillas.

—¡Calla!

Aquella desatentada carrera duró hasta que Alan se creyó a salvo. A lo lejos se oían de nuevo las cuernas pastoriles vibrar en la montaña. Se estaba dando la alarma en todas partes.

Alan dejó a su compañera en un claro del bosque y se apoyó contra un árbol.

—No comprendo —dijo ella— por qué tenemos que huir de esta manera. Después de todo, es la policía.

—Sí, claro; es la policía. Y si nos coge, nos metería en la cárcel, acusándonos de espionaje. Y el Tío Sam no podría hacer nada por nosotros. No llevo más documentación que la de federal. Con eso basta para que me tuvieran diez años en una prisión de Viena o cualquier otro sitio por el estilo. No, gracias.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer?

La joven estaba sentada sobre un lecho de secas agujas de pino y acababa de estremecerse. El aire había ido refrescando paulatinamente y ahora, a las once y media de la noche, se iba tornando francamente frío.

—¿Qué vamos a hacer? Muy sencillo, querida. Yo voy a buscar al «Gorrión» allí donde se encuentre, y lo embarcaré para los Estados Unidos.

Se había levantado un ligero airecillo, que hacía oscilar rumorosamente las copas de los pinos. Un ave nocturna desgranó un rosario de melodiosas notas, y en la maleza se oyó un crujido.

—Esto es solitario, demasiado solitario, para mi gusto —dijo Ethel—. Cualquiera diría que por ahí hay vampiros.

—Más al Este, sí —dijo, lacónicamente, Alan.

—Mira, no me asustes. Bastante lo estoy ya. ¡Ojalá amaneciera ahora mismo!

—Procura dormir, encanto. Nos van a hacer falta todas nuestras

fuerzas.

La muchacha dejó caer la cabeza sobre su hombro, y suspiró. Alan apoyó su espalda contra el tronco de un pino y se adormeció lenta, suavemente.

Cuando ambos despertaron echaron a andar por el bosque. Alan dejó el sol saliente a su derecha y se orientó al Norte, hacia la frontera alemana.

—Tengo hambre —dijo la joven, agarrándose a él para ayudarse a caminar—. ¿Recuerdas que anoche me dejaste sin cenar?

—No podremos comer hasta llegar a Baviera, nena. En Austria deben tener ya nuestra descripción completa y una lista de nuestros crímenes. Me gustaría saber qué ha sido de Martha y de Hilde.

—¡Es horrible! Cada vez que recuerdo a la pobre «*frau*» Schratt...

—Sólo una bestia es capaz de hacer eso. También me gustaría saber si Martha ha hablado a la policía de nosotros.

—¿Crees que podremos acabar con el «Gorrión» nosotros solos... y en Alemania?

Alan se paró y la miró fijamente.

—Querida. Cuanto antes te acostumbres a la idea de que para tu futuro marido no hay nada imposible, mejor. Recuerda que te casas con un agente federal del Tío Sam, un hombre que antes de rendirse, antes de considerarse vencido...

—¡Por favor, por favor, conozco el resto! Lo he oído muchas veces en las fiestas del Cuatro de Julio.

Seguían el curso del arroyo, que ondulaba por un insinuante valle que oblicuaba desde el monte Solstein.

Las orillas del arroyo se cubrían de helechos de gigantescas frondas, entre los que asomaban a veces las puntiagudas espadas ponzoñosas de las ortigas, casi invisibles entre el lujuriente verdor de los helechos.

Un par de kilómetros más allá tuvieron que dar un rodeo para no encontrarse con una pareja de pastores que aullaban estentóreamente sus retorcidos falsetes. Al filo del mediodía, la joven se dejó caer en un montón de helechos.

—No puedo más, querido. Estoy tan cansada, que apenas sé cuál es mi pie izquierdo y cuál el derecho.

Alan se arrodilló junto a ella.

—Debes quedarte aquí, nena. Encontrarás pronto algún pastor y podrás volver a Innsbruck o a cualquier sitio un poco más alejado. Tienes dinero y a ti no te vieron anoche. Green que sólo va un hombre.

Ella se irguió.

—Alan Brade, eres un coyote. No pienso dejarte, si es eso lo que me insinúas. Tendrás que soportarme. Y para probártelo...

Se puso en pie valerosamente. Él la cogió de la cintura y continuó la caminata, siempre en dirección Norte.

De Innsbruck al puerto de Karwendel, en la frontera, hay apenas unos quince kilómetros a vuelo de pájaro; pero Alan y Ethel no iban volando, sino caminando y además perdiendo tiempo por no conocer los atajos.

A las cinco de la tarde divisaron a lo lejos una población pequeña, recostada en la sierra, con sus agudos tejados de pizarra y una bandera.

—Debía tratarse de Scharnitz —dijo Alan en voz alta, y agregó —: Nos falta ya muy poco.

Dieron un rodeo para evitar la población, y ello les llevó a introducirse en una fragosa serranía, cuyos picachos escarpados, algunos de ellos con nieve aún, parecían burlarse de sus esfuerzos.

Los zapatos de la muchacha empezaban a abrirse por las suelas, y eso fue otro motivo de preocupación.

De pronto, Alan quedóse quieto, inmóvil, e hizo señas a su compañera de que le imitase.

A lo lejos habían oído ladridos de perros, voces de pastores y cuernas. En alguna ocasión les pareció oír algo semejante a un tiro pero como estaban cerca de la carretera del puerto, hubiera podido ser un neumático.

Ahora oyeron, sin lugar a dudas, sonidos indicadores de que alguien avanzaba cerca de ellos. Alguien que apartaba pesadamente las ramas de los cedros.

Los dos jóvenes se hallaban sobre una especie de cornisa que daba a un precipicio de unos veinte metros de altura. Mal sitio era aquél para dejarse sorprender.

Alan cogió a la muchacha en sus brazos y corrió cornisa adelante hasta desembocar en un prado lleno de flores.

Allí acababa el bosque y no empezaba hasta unos doscientos

metros más allá. Había que salvar ese prado cuanto antes, y Alan se dispuso para una carrera un poco más larga.

No le dio tiempo ni a empezar a correr. En la linde del bosque, apenas a diez metros de él, acababa de aparecer un hombre. Un hombre gigantesco, cuyo sucio y revuelto pelo rubio le caía sobre los ojos porcinos.

Unos brazos enormes asomaban por entre los andrajos de lo que fue una camisa, y sus pantalones estaban tan desgarrados que buena parte de los velludos muslos quedaba al descubierto. Era Hans Lippe.

Alan dejó en el suelo a la muchacha y echó mano a la pistola. El asesino les contempló un momento como dudoso, y luego, de pronto, se precipitó hacia ellos como un toro.

Iba herido, porque de varias partes de su cuerpo se escapaban canalículos de sangre coagulada y en la mejilla tenía algo que podía ser una mordedura de algún animal.

Alan levantó la pistola y disparó sin vacilar. Sabía que el hombre era muy peligroso y no estaba dispuesto a morir y dejar a la joven en manos de aquella bestia.

Su disparo, de un hombre acostumbrado a tirar con armas de fuego, hizo blanco en el hombro derecho de la fiera aquélla, pero ni ello bastó para detenerle.

La pistola de Brade era la que cogiera a Alexis, y su disparo no produjo ruido alguno. Al choque, ambos cuerpos se vinieron a tierra, rodando sobre la hierba como dos animales.

Alan cayó debajo. Su agilidad, superior a la de su contrario, le hizo girar rápidamente y montarse sobre el otro, pero por poco tiempo, suficiente para asestarle un puñetazo en la mejilla.

La pistola se había escapado de su mano en el encontronazo, y con el rabillo del ojo vio cómo la muchacha la recogía. Estaba ya seguro de que el suizo no se apoderaría de ella.

Los nervudos brazos de Lippe lograron hacer presa en los hombros de Brade y le empujaron inexorablemente hacia atrás. Al mismo tiempo, el agente del «Gorrión» encogió las piernas, las plantó firmemente en el vientre de Alan, y las distendió con salvajismo.

Alan salió proyectado por el aire, y cayó de espaldas a dos metros de distancia, con la misma sensación de dolor que si le

hubiera coceado una mula. Lippe era mucho más fuerte que él. Se incorporó en el momento en que el corpachón del suizo se le venía encima.

Ethel, que, con la pistola en la mano, había estado dando vueltas alrededor de ellos esperando el momento propicio para entregársela, comprendió que Alan estaba en inferioridad, y apuntó a la ancha espalda de Lippe, decidida a matar por primera vez en su vida. No tuvo que hacerlo.

En Quántico se aprenden unas tretas para cuando un agente se enfrenta con otro superior a él. Y una de ellas empleó Alan en este momento, aunque por estar casi ciego de dolor ignoraba si podría terminarla o no.

El primer paso era apartarse de la trayectoria de Lippe. Se hizo a un lado, y el enorme vientre del otro chocó con sordo ruido contra la tierra blanda.

Nadie a quien le ocurra esto puede reaccionar instantáneamente, y este momento lo aprovechó Brade para írselo encima.

Sujetar a un hombre boca abajo es mucho más fácil que boca arriba. Las rodillas de Alan se ciñeron a la espalda como cuando era niño sujetaba los flancos de los caballos: con todas sus fuerzas.

Al mismo tiempo empezó a descargar puñetazos rápidos y contundentes en las orejas de su enemigo. Ethel acudió con la pistola viendo que su compañero, momentáneamente, estaba en superioridad de condiciones.

El suizo se revolvía como una mula, y varias veces estuvo a punto de desmontar a Alan.

Pero éste también era un hombre muy fuerte, y sus golpes no podían ser desdeñados. Cuando a ellos se unió la culata de la pistola que Ethel le alargaba, el gigante dejó de moverse. Había perdido el conocimiento.

CAPÍTULO VIII

Alan se levantó jadeante, observando cómo del hombro de Lippe brotaba un chorro de sangre. El mismo tenía la camisa manchada escandalosamente.

—No debe estar malherido —dijo la joven, mirándole aprensivamente—. No hubiera podido luchar como lo ha hecho.

—No es un hombre, es una fiera —respondió Alan, adustamente—. Recuerdo cómo asesinó a los mozos de la granja, a «*frau*» Schratt, y cómo maltrató a Martha Dillard.

El suizo abrió los ojos de nuevo y lanzó una patada al vientre de Alan, patada que éste pudo esquivar a tiempo.

Con la bravura de un animal selvático cuando se siente acorralado, Lippe se incorporó y le echó los brazos a la cintura apretándole el diafragma como un torniquete.

Los dos vinieron de nuevo a tierra pero esta vez Alan cayó debajo. No podía andarse con miramientos. Apoyó la pistola de aire comprimido en el pecho del otro y oprimió el disparador. Sintió cómo se convulsionaba el corpachón que le oprimía, y pudo hacerlo a un lado. El salvaje corazón de Lippe había dejado de latir.

Cerca ya, muy cerca, se oían los ladridos de perros que siguen una pista. Indudablemente, era a Lippe al que perseguían, aunque era un misterio cómo había logrado despistarles.

Alan cogió a la joven del brazo y huyeron pradera arriba para encontrar la sombra de los árboles.

Siguieron corriendo por espacio de más de una hora. Habían dejado muy a la izquierda el pueblo de Scharnitz, y pronto llegaron a una carretera muy bien conservada, que serpenteaba subiendo un puerto.

Alan dio un suspiro de alegría, y estrechó a la joven contra su

pecho. Aquél era el puerto de Karwendel, y al otro lado de la montaña del mismo nombre que se elevaba ante ellos, estaba Baviera, Alemania, donde nadie los perseguiría.

Subieron el puerto con redoblados ánimos, a pesar de que las piernas de la joven se negaban a sostenerla.

Bordeaban la carretera, porque sabían que en cuanto se hiciera de noche disminuiría la vigilancia que pudiera haber en la frontera.

A las primeras sombras del atardecer, cuando Ethel caminaba como en sueños, febril, sostenida tan sólo por el brazo de su compañero, coronaron el puerto.

Aún tuvieron tiempo de ver a los carabineros austríacos y distinguir el verdoso uniforme de los alemanes antes de que se hiciera de noche.

Allá abajo oían las bromas de los aduaneros y las ofertas de cambios de cigarrillos alemanes por chocolates suizos de contrabando.

En el sendero, delante de ellos, alguien avanzaba con paso cansino.

Alan se desvió a un lado y esperó. Se trataba de un pastor que avanzaba, cayada al hombro, con su sombrero en el que campeaba una pluma, y pantalones cortos de cuero gris.

Pasó al lado de ellos, sin notar nada. Momentos después estaban al otro lado de la montaña.

El sendero estaba cortado por una valla de troncos, al otro lado de la cual se paseaba un mosquetero alemán con gorra de plato e insignias plateadas, en chatarreras y solapas.

Alan esperó un momento, trepó unos cuantos tramos más de la montaña, y empezó el descenso. Era la parte más difícil de su trabajo. Pasar ante los alemanes sin que se dieran cuenta.

Estaba a unos cien metros del mosquetero; pero éste le volvía la espalda, atento a prender un cigarrillo.

Alan aprovechó velozmente, emprendió una corta carrera, que sus zapatos hicieron casi silenciosa, y se encontró en Baviera. Si ahora no les cogían, estaban a salvo.

La joven suspiro de alivio, no había perdido nada de lo que ocurriera a su alrededor.

—¿Crees que habremos pasado?

—Claro que sí, preciosa. Estamos ya más seguros que en la

Quinta Avenida. Ya lo verás.

Siguieron caminando hasta alcanzar la carretera. De vez en vez pasaba un camión, y se hacían a un lado hasta que los faros dejaban de iluminarlos. A lo lejos distinguieron unas luces, brillando a su izquierda. Había un caminito que se separaba de la calzada en dirección de la granja.

Lo tomaron, y poco después oyeron el ladrido de un perro y una voz masculina que calmaba al animal.

Un momento más tarde. Alan, que había soltado a la joven en el suelo, se enfrentaba con el granjero, un robusto bávaro de sotabarba gris y pantalón corto. Sostenía un candil en la mano, y les contempló curiosamente.

—¿Podríamos descansar aquí esta noche? —preguntó Alan, en alemán—. Mi esposa se halla fatigada. Naturalmente, les pagaríamos bien.

—¿De dónde vienen? —preguntó, curiosamente, el hombre.

Detrás de él aparecieron dos mujeres, una joven y otra de mediana edad, y tres o cuatro chiquillos.

—Somos excursionistas. Americanos —aclaró Alan.

Ethel halló aún bastantes fuerzas para sonreír a la mujer, y ésta se hizo a un lado.

—Las preguntas luego —dijo a su marido—. La pobre «*frau*» se encuentra muy fatigada, te lo dijeron. Por aquí, «*mein herr*».

El campesino dejó a su mujer que se ocupara de ellos. Por su parte, dijo en voz baja:

—La policía es muy severa, «*mein herr*». Los extranjeros han de presentarse en la «Kommandantur» de Mitenwald, aunque sean excursionistas. Y ustedes no lo son.

—Es cierto —dijo Alan, decidiéndose—. Venimos del otro lado, buscando a un pariente nuestro que ha sufrido un accidente. Como no queríamos perder tiempo, cruzamos la frontera clandestinamente. Pero, desde luego, mañana por la mañana legalizaremos nuestra documentación en Mitenwald.

—Así lo espero, «*mein herr*».

La campesina había hecho sentar a Ethel en una silla de la amplia y limpia cocina, ordenando a su hija que trajera un balde de agua caliente, y le estaba lavando los pies. Ethel protestó débilmente.

—No es molestia alguna, «*meine frau*» —aseguró la buena mujer—. Yo tengo una hija en América. Emigró cuando el hambre de mil novecientos veintidós, cuando se perdió la patata. Espero que alguna señora americana hiciera esto por ella.

—Allí no es necesario —suspiró Ethel, con lágrimas en los ojos—. Allí se encuentran siempre automóviles que le llevan a uno de una parte a otra. Pero, señora, gracias.

Aquella gente era hospitalaria hasta la saciedad. Cenaron «*sauerkraut*» y cordero, y bebieron cerveza fresca y una copita de aguardiente de cerezas.

Cuando Ethel se fue a la cama, Alan seguía todavía bebiendo aguardiente y cerveza con el campesino, y haciéndole preguntas.

Una idea empezaba a germinar en la mente del agente del F. B. I.,

una idea un poco vaga aún, pero que había que seguir hasta el final.

A la mañana siguiente, descansados, llevando Alan una camisa limpia que había comprado al hijo del granjero, y Ethel unos gruesos zapatos alemanes de recia suela, salieron a la carretera.

El granjero hizo señas a un camión descargado que venía de la frontera, y le preguntó si podía llevar a sus huéspedes a Mitenwald. El conductor, un hombrón de ancha y plácida cara, aceptó encantado de tener con quién charlar en el camino. Y una hora más tarde entraban en la antigua ciudad bávara.

A la entrada había un surtidor de gasolina, y el hombre que lo cuidaba miró curiosamente a Alan y a Ethel.

—Parece que en vez de ser Alemania la que va a América, es América la que se vuelca en Alemania —dijo—. Ya es el cuarto americano en dos días.

Brillaron los ojos de Alan, e incluso la muchacha se quedó observando al hombre atentamente.

—¿De veras? —preguntó el agente.

—Sí. Pasaron en un turismo «Mercedes». Por cierto, uno de ellos iba enfermo.

—¿Enfermo?

—Sí. Decían que cogió una insolación en el Tirol. ¿Le interesa mucho, «*mein herr*»?

—Es que conocí a esos americanos en Innsbruck —mintió Alan rápidamente—. Uno de ellos era rubio, con los ojos azules, de

mediana estatura, ¿no es así?

—Sí, el enfermo.

Alan se disponía a contestar, cuando dos policías que llegaban desde la calle Boyern se aproximaron a ellos.

Evidentemente, les había llamado la atención el aspecto de las ropas de Alan.

El conductor se despidió y partió para el centro del pueblo.

Ambos guardias se quedaron mirando un momento a los dos americanos. Evidentemente, les llamaba la atención la juventud de Ethel y su aspecto cansado.

—Sus documentos, por favor —dijo uno de ellos.

Era un hombre de ojos muy azules, fríos, y una cara sin expresión. El otro era un joven moreno de grandes ojos. Parecía algo más amistoso.

—Desde luego —dijo Alan.

Metió la mano y sacó su cartera. Tenía en ella su pasaporte con los visados francés y austríaco pero a los ojos del policía saltó inmediatamente la evidencia de la falta del alemán.

—Lo siento, señor. Pero deberán ustedes acompañarnos a la «Kommandantur».

No había nada que hacer, Alan lo sabía. Resistirse a la policía siendo extranjeros, ha sido siempre el mejor modo de buscarse disgustos.

La «Kommandantur» estaba en la misma calle de Boyern, casi en la plaza del pueblo, sombreada por viejos tilos.

Un comisario con la guerrera desabrochada se puso en pie al entrar ellos en la fresca sala, y al ver a Ethel empezó a abotonar la ropa con precipitación. Su casco de doble visera, descansaba sobre una silla a su lado.

—Informe —gruñó.

—Estos señores no llevan documentación para circular por el Reich —dijo uno de los agentes—. Vienen de Austria, de Suiza y de Francia, y son americanos. Seguramente habrán cruzado la frontera sin presentarse a las autoridades.

—Quisiera hablar un momento con usted —dijo Alan, inclinándose sobre la mesa, limpia de papeles—. Es algo muy importante para ustedes y para nosotros.

Un hombre de paisano, muy rubio y de rasgos inteligentes, había

aparecido en la puerta de la «Kommandantur», y estaba escuchando atentamente. El comisario se volvió hacia él, y le habló con muestras de respeto:

—Son americanos, señor, y no tienen documentación.

—Alemana —dijo Alan—. Pero se puede investigar desde aquí mismo. Por ciertas causas..., ajenas a nosotros mismos, nos vimos obligados a cruzar la frontera de una manera..., clandestina. Nuestras personalidades son fácilmente controlables.

—El señor es agente del Gobierno alemán —dijo el comisario, poniéndose rígido—. Él ha de decidir.

Una idea temeraria, pero al mismo tiempo atractiva por los peligros que encerraba, se abrió paso en la mente de Alan como un relámpago. Se inclinó hacia el agente del Gobierno, y le dijo:

—Quisiera hablar con usted unos instantes, «mein herr», reservadamente.

El alemán le miró, sonrió, y, dirigiéndose a la mesa, cogió los documentos de Alan. Luego, después de echarles una ojeada, se volvió hacia ellos:

—Hagan el favor de seguirme.

Y les precedió a un cuartito que había en la trasera de la Comisaría. Una vez allí, devolvió sus documentos a Alan.

—Lo que haya de decirme habrá de ser muy importante, «mein herr». Tan importante como para justificar el que un agente del Gobierno americano haya penetrado subrepticamente en Alemania.

—Creo que lo será —contestó Alan, pasando la mano por el talle de la joven—. ¿Tiene usted un cigarrillo?

Cuando el otro le alargó la petaca, Alan se sirvió, encendió uno para la joven, y tras la primera bocanada de humo, dijo:

—Se trata del «Gorrión».

El inspector Bertinck no demostró sorpresa, pero sus ojos brillaron. Dejó que Alan contase parte de la historia —parte nada más—, y luego quedó pensativo un momento.

—Todo eso es cierto —no preguntaba, en realidad, sino afirmaba.

—Le doy mi palabra.

—La verdad, no me desagradaría coger a ese hombre, si es que efectivamente se encuentra cerca de aquí. Tengo algunas cuentas pendientes con él.

Se levantó, tocó un timbre, y un policía se cuadró rígidamente en la puerta. Con voz seca, el inspector dio unas cuantas órdenes. Luego se volvió hacia los jóvenes.

—¿Quieren comer conmigo, señores?

CAPÍTULO IX

Adolf Künter se incorporó en su silla al ver entrar a Stephen Sarakiglos.

«El Gorrión» vestía pantalón blanco y chaqueta azul marino con insignias, y llevaba una gorra también de marino.

Había estado paseando por el lago en un yate, y toda la colonia de veraneantes de Walchensee le creía un rico plantador americano.

—Hemos de deshacernos de ellos enseguida, Adolf —dijo, concisamente—. La policía alemana puede sospechar, y, por otra parte, Brade y la joven aquélla han escapado. Lee esto.

Y le tendió un periódico austríaco. En él se hacía notar que la policía de Innsbruck había encontrado el cadáver de un hombre en los bosques cercanos a la frontera alemana. Dicho individuo había sido identificado como Hans Lippe, un suizo perseguido por la policía de su país.

—Escucha atentamente, Adolf, ¿cuántos hombres tenemos, exactamente, aquí?

—Puedo disponer de seis, señor.

—Reúnelos. Encamínate a la frontera y esperas en Mitenwald. «Ellos» han de pasar forzosamente por allí. Y, ya lo sabes. Método brutal. Es el único que entienden.

Se puso en pie mientras Adolf taconeaba rígidamente, y se dirigió hacia la habitación de al lado.

La casa estaba amueblada lujosamente, pero la habitación en la que penetró era una excepción. No tenía más que un ventanillo, muy alto, casi al lado del techo, y provisto de rejas.

Allí, sentados en el borde del camastro, estaban Evans y Herbert Brade. Izzard, el pistolero americano, se encontraba también, jugueteando distraídamente con un revólver.

«El Gorrión» se dirigió, instantáneamente, a Evans:

—Es la última oportunidad que le doy, señor Evans. Después de esto ya no habrá ninguna otra.

La cara de Evans demostraba a las claras lo que había tenido que soportar. Sus ojos estaban hinchados horriblemente, y le faltaban dos dientes. Además, tenía varios cortes en las mejillas.

—No quiero decirle nada, puerco —declaró con voz un poco temblorosa.

El americano Izzard levantó la mano sobre él, pero el «Gorrión» le cogió el brazo.

—Es inútil ya, Izzard. Estos hombres morirán hoy mismo. Esta noche les ataremos los pies a pesos de plomo y los echaremos al lago. Nadie lo sabrá jamás.

«El Gorrión» salió de la habitación, mientras se oía el golpe amortiguado de la matraca de Izzard sobre los prisioneros.

* * *

Cinco hombres de aspecto muy diverso, músicos, a juzgar por los estuches de instrumentos que llevaban debajo de los brazos, avanzaban por la carretera de Walchensee a Mitenwald.

El que los dirigía, un individuo moreno, de color aceitunado, y pelo negro, no cesaba de dirigir miradas a su alrededor.

Cerca de una de las residencias de verano de las Juventudes del Partido, había cinco o seis SS charlando y fumando. Eran hombres de alta estatura, y llevaban camisas pardas y gorras de visera.

Los cuatro músicos llegaron a Mitenwald y se dirigieron hacia la plaza del pueblo. Allí había una cervecería, y se sentaron a una mesa para refrescar un rato.

Eran las seis de la tarde. Tenían sus instrumentos en el suelo, a sus pies.

De la Comisaría salieron dos hombres y una mujer. Un motorista de la policía les esperaba en la plaza, y cambió unas palabras con uno de los hombres. Éste pareció asentir, y los tres se dirigieron a una casa al otro lado de la plaza.

Los músicos se miraron unos a otros inexpresivamente, y siguieron bebiendo cerveza.

En aquel momento, los SS que vieran en el camino desembocaban en la plaza coordinando las recias pisadas de sus

botas claveteadas.

Se pararon en la cervecería y se sentaron bajo el toldo, pidiendo cerveza. Luego se humedecieron los labios con la rubia bebida, lanzando gruñidos de satisfacción.

Esta vez los músicos dieron muestras de ligera impaciencia, y charlaron entre ellos en voz baja. El jefe, moreno, hablaba en un idioma extraño, y un momento en que levantó la voz, uno de los SS creyó que debía ser húngaro.

Pero hay muchos músicos en toda Europa Central, y no es cosa de fijarse demasiado en ellos. Si las autoridades del Reich les habían permitido permanecer en territorio alemán, sería que sus documentos estaban en regla.

Pasó media hora, y, por fin, los muchachos de las SS se levantaron y se alejaron marcando el paso ruidosamente. Los músicos respiraron con un poco de alivio.

No todos eran húngaros. Un par de ellos eran americanos, pero éstos permanecían callados.

A las seis y media, los dos hombres y la mujer salieron de la casa de la plaza y se dirigieron a un «Opel» que esperaba una manzana más allá. Subieron a él, y el hombre más alto, el americano, se puso al volante. La muchacha se colocó junto a él, y el alemán en la trasera.

Se trataba de un convertible, de manera que las cabezas de todos ellos quedaban perfectamente a la vista.

El coche, para tomar la carretera que conducía a Walchensee, tenía, que pasar forzosamente ante la cervecería. El músico que parecía húngaro sacó un estuche de debajo de la mesa y lo puso encima, abriéndolo un centímetro y poniendo su mano en la ranura.

El dueño de la cervecería, creyendo que se disponía a tocar, quizá para pagar así su consumición, se acercó un poco.

Y empezaron a ocurrir cosas.

Con el rabillo del ojo, Alan Brade vio a los musiquillos con sus estuches en la mano, mientras tomaba la curva de la plaza.

Vio también la mano del húngaro moviéndose lentamente, y comprendió con claridad meridiana lo que había de venir después.

Ya había visto en otras ocasiones a los «gangsters» emplear este mismo procedimiento. Y él mismo se había visto una vez bajo el fuego concentrado de las ametralladoras ligeras de dos «virtuosos».

—Tírense al fondo del auto —ordenó en voz lo suficiente alta como para que lo oyesen Ethel y el inspector Bertinck, pero no los músicos—. Cuando yo diga... ¡Ya!

Ambos obedecieron como una sola persona en el momento en que Alan metía el pie en el acelerador hasta el fondo del pedal, y el «Opel» saltaba como un caballo encabritado.

Ráfaga tras ráfaga de las ametralladoras de mano rompieron el silencio de la pacífica ciudad bávara, pero la mayor parte de ellas se perdieron inofensivamente en el aire en calma, al no encontrar al coche en el sitio que habían previsto.

Una de ellas carraqueó contra la carrocería del automóvil, en su parte trasera, pero ya el coche doblaba vertiginosamente la esquina.

Alan no se detuvo. Sabía que si los músicos les echaban la vista encima no fallarían de nuevo. Solamente la pericia de Alan les había salvado la vida.

El inspector Bertinck emergió del fondo del coche, sujetándose el brazo izquierdo que estaba sangrando. Evidentemente, se lo habían partido. Ethel estaba ilesa, aunque muy pálida.

—Estas cosas no pueden ocurrir aquí —dijo el inspector, echando lumbre por los azules ojos—. En América, sí, pero no en Alemania.

—Ya lo ve como sí que pueden suceder —observó Alan, fríamente, deteniendo un poco la marcha.

A lo lejos oyeron nuevas explosiones y tiros aislados, que indicaban la presencia de una o varias pistolas.

—Mis hombres han empezado a luchar —dijo el inspector—. Vuelva allá.

—Bueno, pero nos harán picadillo —hízole saber Alan—. Ethel, apéate enseguida y métete en un portal. ¡No me discutas! —ordenó con voz de trueno, viendo que la joven se disponía a protestar—. No conseguiremos nada haciéndonos matar los dos.

Ethel saltó del coche y se refugió en un portal, cerrando la hoja a medias, mientras de todas partes salían lamentos y preguntas tratando de averiguar qué es lo que pasaba.

La plaza de Mitenwald estaba convertida en una carnicería.

Los músicos ambulantes habían regado todo de balas, matando a tres policías que salieran de la Comisaría, y a cuatro o cinco paisanos que andaban por allí; en el momento en que el «Opel»

llegaba junto a la plaza, ellos se retiraban, apuntando con sus «regaderas» hacia las ventanas.

La «Luger» del inspector Bertinck estaba ya en su mano, y empezó a disparar contra ellos, mientras Alan se agazapaba sobre el volante y sacaba su pistola.

Inmediatamente, las ametralladoras de mano entonaron su canción.

Sólo el hecho de que el cristal del parabrisas era irrompible y no se astillaba, salvó a Alan de la muerte, porque esta vez los músicos disparaban sobre seguro.

Su pistola tronó, confundiendo su estallido entre las explosiones, y uno de los músicos se desplomó.

Dos de los otros le cogieron, y cargados con él, emprendieron la retirada, mientras el cuarto contestaba al fuego del coche.

El inspector Bertinck rodó de nuevo al fondo del coche, alcanzado esta vez en el hombro, y Alan comprendió que su posición era insostenible. Acabarían también por matarle a él.

Retiró, pues, el «Opel», y vio cómo los músicos se retiraban, a su vez, por el camino de la frontera.

Desesperado, buscó en torno a él, pero solamente se escuchaban lamentos, que partían de las ventanas y balcones al ver las inmóviles figuras tendidas en el suelo.

En aquel momento, un grupo de hombres avanzó a paso gimnástico por la carretera de Walchensee. Corrían perfectamente formados, y los emblemas sobre sus camisas pardas eran dos «eses» en la solapa.

El inspector Bertinck se incorporó penosamente, mientras descendía del coche para parar a las camisas pardas. El inspector alzó la voz:

—Son espías, jóvenes —dijo, casi agotado por el esfuerzo.

Aquellos muchachos estaban tan disciplinados, que ni siquiera hicieron una pregunta. Por lo visto, conocían al inspector.

Eran cinco. Saltaron inmediatamente al coche, y dos de ellos se quedaron en los estribos.

Alan se metió dentro, con el inspector, y un SS se puso al volante.

Si Alan conducía bien, este chico era una verdadera tormenta.

Arrancó con una sacudida que puso en peligro la seguridad de

los que iban dentro, y enfiló la plaza como un meteoro.

Tres de los SS llevaban pistolas ametralladoras, y los otros dos, revólveres, que debieron sacar del campamento. Alan prestó la suya, porque sabía que de aquí pocos iban a salir vivos.

Los músicos habían logrado ya salir al campo, y corrían en dirección a una casa situada a la derecha de la carretera, en la ladera del monte.

Cuando sintieron el motor del auto, se volvieron, e inmediatamente se dispersaron entre los matorrales, abandonando a su compañero herido o muerto, en medio de la carretera.

El SS que conducía, ni siquiera pestañeó. Lanzó el coche hacia el sitio en que se encontraban los otros, y lo metió en la cuneta, frenando en seco.

Sus compañeros, a pesar de que ya empezaban a sonar los primeros disparos, saltaron ayudándose con el frenazo.

Alan no pudo menos de admirar la perfección con la que instantáneamente se desplegaron. Eran soldados natos, de los pies a la cabeza.

Alan también se bajó, sintiendo cómo una bala le arrancaba el sombrero de la cabeza. Los músicos se habían resguardado entre los matorrales, y desde allí disparaban con mortal efecto, pero los SS avanzaban imperturbables, enfocando los chorros de sus pistolas ametralladoras hacia donde veían los fogonazos y el humo.

Alan dio un brusco rodeo, agachándose, mientras las camisas pardas entretenían a los músicos, y logró colocarse detrás de un pino.

Ante él vio el cuerpo de un músico, muerto ya, y otro, el último que disparaba contra los SS que avanzaban inclinados.

No se trataba más que de una corta carrera. En el momento en que el pistolero se preparaba para cambiar con rapidez el cargador de su arma. Alan se disparó de un salto enorme y cayó sobre él.

Ambos rodaron por el suelo, en el momento en que los dos alemanes supervivientes llegaban hasta allí.

El pistolero se revolvió como un gato, pero los brazos de Alan lo inmovilizaron en el suelo. Levantó un brazo y lo descargó sobre el cuello de su enemigo, dejándolo exánime.

Los dos SS —los demás estaban tendidos, jalonando el camino hasta el coche— se aproximaron, y uno de ellos bajó la pistola y le

apuntó a la cabeza. Alan se interpuso.

—Más vale que no, muchacho —le dijo—. Este hombre puede ayudarnos a saber dónde está su jefe. Vamos a llevarlo al automóvil.

Le cogieron en brazos y le llevaron hasta donde el inspector Bertinck procuraba cortar su hemorragia con un pañuelo. Uno de los alemanes le ayudó, y en un momento le hizo un torniquete en el brazo. Luego, se puso al volante, y echó a rodar hacia Mitenwald.

Llegaron en un momento a la Comisaría, que se hallaba repleta de gente del vecindario. Uno de los SS partió en busca del médico, mientras Alan buscaba a Ethel entre el gentío. Cuando la encontró la estrechó contra sí.

—Te..., te... mí que te..., te hubieran matado —sollozó.

—Tengo la piel dura. Pero tres de esos bravos chicos se han quedado allí. Muertos los tres. Tenían más corazón que leones.

Volvieron a la Comisaría. Alguien había telefoneado a Walchensee y a Jachenau, porque al poco tiempo un camión de policías apareció silbando roncamente.

Los guardias disolvieron la gente en un momento mediante el sencillo procedimiento de repartir algunos golpes.

El comisario y el capitán de gendarmes se enfrentaron con Alan, pero el inspector Bertinck, al que en aquel momento estaban reduciéndole la fractura, les interrumpió, perentorio:

—Gracias a este hombre hemos podido coger a los pistoleros. Necesitaré ayuda, y hemos de prestársela. Además —añadió, hablando más bajo—, estará vigilado por... —Su voz se diluyó, y solamente el capitán de policía oyó lo que continuaba.

Pero Alan sabía que en cuanto el «Gorrión» fuera cogido, si es que lo era, la policía alemana se apresuraría a quitarle los laureles, y él tendría que volver a América con las manos vacías.

Sonrió para sus adentros.

—¿Dónde piensa usted que pueda estar el «Gorrión»? —preguntó, dirigiéndose al inspector Bertinck.

Los ojos de éste brillaron un momento.

—Lo ignoro, aunque no puede ser muy lejos. Esos hombres estaban en Walchensee.

El capitán de policía afirmó con la cabeza. Uno de los muertos, aclaró, era un alemán de la localidad. Los otros eran húngaros y

americanos.

—Creo que me acercaré a dar una vuelta por Walchensee —dijo Alan de pronto—. Quizá pierda el tiempo.

—Quizá —replicó el inspector Bertinck sonriendo—. Pero, por si acaso le sucediera algo a usted, irá acompañado por dos de mis hombres. Pueden serle muy necesarios.

Alan se encogió de hombros y estrechó la mano de Bertinck. Comprendía perfectamente que no iba a dejar que un agente de una potencia, por amistosa que ésta fuese, vagar a su antojo por Alemania.

Empezaba a pensar en la manera de dar esquinazo a los policías que le pusieran como acompañantes.

Cogió a Ethel del brazo y salió a la calle en el momento en que empezaba a oscurecer. El camino hasta Walchensee no son más que unos diez kilómetros, y hay un autobús que une ambos pueblos.

El autobús partía diez minutos después, y en él iban Ethel, Alan, y dos formidables policías de cuadrada cabeza.

CAPÍTULO X

La tarde era deliciosa, y se prestaba a la caminata. Ethel y Alan salieron del hotel después de comer, limpios y sintiéndose más a gusto con la vida, y se dirigieron hacia el lago, cruzado por barquitas de motor y remos, rodeado del majestuoso paisaje de los Alpes bávaros.

Un caminito muy cuidado partía hacia la derecha, bordeando un poco el lago.

Siguieron por él un centenar de metros, y entonces. Alan, aprovechando que los dos policías estaban un poco detrás, bajó la voz y avisó a su compañera:

—Vas a entretenerlos como puedas, querida. Necesito estar solo por algún tiempo.

—Pero no puedes hacer eso —protestó la joven—. Te vas a meter en un lío, y además, no sabes ni siquiera si el «Gorrión» está aquí.

—Haz lo que te digo, carita bonita.

Por el camino en declive bajaba un hombre silbando afinadamente algo que a Alan le hizo dar un salto.

Se trataba de «Begin the Beguine», y no había muchos alemanes que conocieran la música moderna americana, porque Hitler la tenía prohibida.

La conocida melodía les hizo fijarse mejor en el tipo que la silbaba.

Era un hombre de alta estatura, un poco cargado de hombros, y había sido púgil en alguna época de su vida. Era, en suma, un hombre como se ven a millares en el Madison Square.

Ethel apretó el brazo de Alan, pero éste pareció no darse cuenta. Prosiguieron su marcha hasta que el hombre los pasó, y entonces la

hizo sentarse en la fresca y tierna hierba.

—Te llegó la hora, querida. Entretenme a esos policías, por lo que más quieras, y te aseguro que ganamos la partida. ¿Lo harás?

—Claro, si me lo pides con tanta urgencia. Pero no me hace ninguna gracia.

—No te importe.

Y echó a andar otra vez hacia abajo, siguiendo al individuo que acababa de pasar. Los dos guardias que les seguían se quedaron un momento irresolutos, pero Ethel estuvo a la altura de las circunstancias.

—Se ha quedado sin tabaco y baja a comprarlo —les gritó—. ¿Son ustedes tan poco amables? No me gusta que me vayan siguiendo constantemente callados como ostras. ¿Por qué no charlamos un rato, mientras vuelve él? ¿O es que se lo ha prohibido el inspector Bertinck?

Los dos guardias se acercaron a ella. En diversas ocasiones aquel día habían estado especulando admirativamente sobre las bonitas piernas de la muchacha y sobre su figura.

Tímidamente, se fueron acercando, y al final se quedaron plantados ante ella, muy marciales con sus cascos y su vistosa guerrera.

No tuvo Alan que andar muy deprisa para divisar de nuevo la silueta del hombre que silbaba, casi a la entrada del pueblo.

El hombre detúvose ante una cigarrería, compró pitillos, y salió luego, andando sin preocupación.

Pero Alan había tenido tiempo de oírle hablar. Y ahora no le cupo ninguna duda. Era americano, y, o mucho se equivocaba, de la misma Nueva York.

Continuó detrás de él. Desde luego, no era un turista, eso saltaba a la vista, de manera que... Brade exhaló un suspiro de satisfacción. Estaba, al fin, sobre la pista.

El otro entró en una cervecería, se acodó en el mostrador y pidió un vaso. Alan se le colocó al lado, y el otro le echó una distraída mirada. Luego pareció reconocerle como al hombre con el que se cruzara en el camino, y se irguió levemente, con el vaso en la mano.

—Si intentas el conocido truquito de tirarme la bebida a la cara, te abraso —le dijo Alan, en voz baja, con la mano en el sobaco—. Yo fui el que mató a Lippe, y a su lado no eres más que un muñeco

de cartón. Anda, salgamos fuera, tengo que hacerte unas preguntas.

El otro pareció querer arriesgarse.

—Oiga, ya veo que es americano, pero no sé de qué me está hablando. Se le subió la cerveza a la «pensadera», ¿eh?

—Sal inmediatamente o disparo aquí mismo —avisó Alan, tensamente—. No pienses que me vas a engañar, estúpido. La policía alemana anda tras de ti. ¿Sabes?

Y la mano de Alan se movió a medias, mostrando la culata de la pistola.

El pistolero Izzard comprobó que no tenía escape. Optó por salir. Pagó su consumición, mientras el cervecero ponía una para Alan. Éste movió la cabeza negativamente, y salió detrás del pistolero.

—Bueno, querido. ¿Dónde está tu amo?

—No sé de qué me está hablando, amigo. ¿Por qué no se larga y duerme la mona?

La calle estaba bastante solitaria, a excepción de un pequeño comercio de tejidos que había a su izquierda.

Alan no tuvo más que levantar la mano, y su puño se estrelló en la mandíbula del otro, lanzándole hacia atrás y haciendo que su cabeza golpeará contra la pared.

Del comercio de tejidos se elevó una aguda voz femenina, explicando que dos se peleaban allí mismo. Alan cogió al otro por las solapas y lo arrastró fuera de la calle.

Allí le colocó la pistola en las costillas, ocultándola en lo posible con la chaqueta.

—Andando, bastardo —le dijo.

Y ambos emprendieron el camino en declive. A los pocos pasos divisaron a Ethel y a los dos guardias, charlando con la mayor amenidad. Alan se acercó a ellos y descubrió su pistola.

—Les presento al «Gorrión», señores —dijo—. Si le dicen al inspector Bertinck que ustedes fueron los que le capturaron, no dudo de que tengan una buena recompensa, quizá un ascenso. Nosotros hemos de marcharnos para coger el tren en Mitenwald.

Ambos policías se miraron, incrédulos, pero al instante se abalanzaron sobre Izzard. Éste intentó resistir, pero no había acabado aún de comprender que los métodos alemanes son muy convincentes.

Dos matracas largas, de cuero, se abatieron sobre su cabeza, una

en cada lado, y lo derribaron a tierra, porque los mozos que las usaban no eran precisamente alfeñiques.

Inmediatamente le registraron y le sacaron un verdadero arsenal. Dos pistolas, una en cada sobaco, y una navaja española, de magnífico muelle.

Los policías se cuadraron ante Alan.

—Tendrán ustedes que declarar, «mein herr». No podrán salir de Alemania sin hacerlo.

—Lo haré, y con mucho gusto —dijo Alan, con gran amabilidad.

Los dos policías se alejaron con su prisionero, quedando en reunirse con Alan en la Comisaría de Mitenwald, donde les esperaba el inspector Bertinck.

Apenas se habían perdido de vista en el recodo, cuando Alan cogió a la joven del brazo.

—Ya somos libres, querida: Vamos a buscar al «Gorrión».

—¿Sí? Y, ¿dónde?

—En su cubil. No puede ser más que uno.

Terminaron de subir el empinado sendero, y llegaron al hotelito sobre el lago.

Se detuvo ante la puerta, y se volvió a la joven.

—Va a haber jaleo, pequeña. Más vale que te vayas tras aquella roca. Quiero que estés entera cuando te cases conmigo.

—No pienses que te dejaré solo... —empezó la muchacha.

—Desde luego que no —afirmaron detrás de ellos—. Ambos pasarán aquí y serán perfectamente recibidos, ¿no es así, Adolf?

Alan se volvió lentamente. Un hombrecillo pequeño de estatura y que miraba un poco de lado, como un pájaro, le apuntaba con una pistola automática. Detrás de él había un alemán alto y rubio, de tipo militar.

—Pasen —continuó Stephen Sarakiglos—. Están ustedes en su casa.

Alan se adelantó, seguido de la joven, que le había cogido, un poco temblorosa, del brazo.

—No piensen que van a escapar —dijo Brade, mientras transponía la puerta—. La policía alemana les sigue de cerca.

—Gracias a su fértil ingenio, tenemos un respiro —dijo el «Gorrión». Un respiro suficiente como para darnos tiempo a huir. Oímos lo que les dijo usted a los guardias.

Habían entrado en la casa. «El Gorrión» se aproximó a una de las ventanas que daban sobre el lago y les mostró una pequeña gasolinera, anclada junto a las rocas.

—¿Ven qué fácil? Adolf y yo nos vamos, cruzando el lago, y una vez en la otra orilla, tenemos un buen coche «Mercedes», que nos espera. La frontera austríaca está vigilada, muy vigilada; pero no así la checa. Todo tan fácil... Naturalmente, después de habernos librado de usted. Verán. Adolf, ensayaremos ese método japonés.

Sin dejar de apuntarles, retrocedió, y Adolf se dirigió a la puerta situada tras de él.

Al momento siguiente salió con dos hombres, en los que costaba reconocer a Evans y a Herbert; tan deteriorados, andrajosos y macilentos parecían.

Habían sido golpeados brutalmente, sus uñas estaban rotas y quemadas y habían ensayado diferentes métodos de tortura con ellos. Alan entornó los ojos y Ethel vio en ellos una mirada que la estremeció. Era la mirada de un hombre que quiere asesinar.

—¡Hola, muchacho! —dijo Brade, simplemente, saludando a su hermano. Luego se volvió al «Gorrión»: Si logro ponerle la mano encima algún día, va a desear no haber nacido.

Herbert había hecho un gesto de sorpresa al ver a Ethel, pero no dijo una palabra. Parecía bastante abatido. En cambio, Evans conservaba aún cierta acometividad.

—No han podido sacarme nada, Brade —dijo con algo de orgullo, a pesar de que había sido más maltratado que Herbert—. Me matarán, pero no me sacarán nada. Soy un súbdito inglés y no tenían derecho alguno a maltratarme. Por eso no les diré nada.

Alan sonrió al mismo tiempo que Adolf Künter los ponía a los cuatro de espaldas a la pared, mientras el «Gorrión», por cuyos labios pasaba una mueca algo parecida a una sonrisa, les mantenía bajo la amenaza de su pistola.

Adolf sacó de la mesa una pistola ametralladora «Skoda», de corto cañón, al que estaba aplicado un silenciador, y miró a su jefe. Éste adelantó un paso.

—Van ustedes a morir los cuatro con una intervalo de fracción de segundos entre cada uno. Si tuviera más tiempo disponible, los torturaría hasta hacerles hablar, pero he de marcharme, y no puedo llevarlos conmigo.

Se acercó otro paso, con los ojos clavados en Brade, como estudiando sus reacciones, y aquello fue lo que le perdió.

La habitación no era muy grande, y había en ella seis personas, lo que quiere decir que no estaban lejos unas de otras.

Fiado en la pistola ametralladora de su subordinado, el «Gorrión» había bajado la guardia de la suya y el cañón no apuntaba ahora directamente al pecho de Brade.

Fue una cosa tan rápida, que ninguno de los que miraban la escena acertó luego a explicarla. Ninguno, menos Brade, que fue quien la ejecutó.

Sus dos manos se dirigieron como relámpagos a la cintura del hombrecillo, lo levantaron en vilo antes de que hubiera podido darse cuenta de lo que le ocurría y lo tiraron contra Adolf Künter.

El alemán recibió el impacto en el brazo que sostenía el arma, y ésta se disparó repetidas veces, mientras ambos cuerpos caían al suelo.

En la faz del «Gorrión» se dibujó una expresión de sorpresa, seguida instantáneamente por otra de agudo dolor, y rodó sobre sí mismo, en el momento en que Brade se lanzaba como una tromba sobre el alemán.

Evans, a pesar de su debilidad, se precipitó a sujetar al «Gorrión», pero ya era inútil. Había recibido en su espalda parte de la carga de la ametralladora de mano y estaba muerto.

Stephen Sarakiglos, el griego americano, había dejado de existir.

La mano derecha de Alan cogió firmemente la de Künter, sujetándola contra el suelo. Con la izquierda le golpeó la cara repetidamente, tratando de hacerle perder el conocimiento.

Künter era hombre muy fuerte también, y dada la postura en que ambos se hallaban, los golpes de Brade no eran demasiado eficaces.

Herbert se acercó, pareciendo salir de su marasmo, y cogió la pistola ametralladora.

—¡Apártate, Alan! —gritó, de pronto, histéricamente—. Apártate y déjame matar a ese perro asqueroso. ¡Apártate, te digo!

Un arma así, en manos de un hombre que ha sufrido lo que él, es un peligro constante.

Ethel se dio cuenta de ello, de que podía disparar y matar o herir a Alan. Se le acercó por la espalda, mientras los enlazados

cuerpos de Alan y Adolf rodaban por el suelo con sordo estrépito, y le cogió por ambos brazos.

—¡Quieto, Herbert! ¡Estese quieto!

El muchacho se la sacudió de encima. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Bestias, bestias de sangre fría es lo que son! ¡Mire mis manos! ¡Jamás volverán a ser como eran! ¡Tengo que matarle!

Y de súbito, sin que Ethel pudiera impedirlo, el chorro de su arma enfocó la caída figura del «Gorrión». Con secos «¡plop!», las balas mordieron la carne muerta ya, y sólo el salto que Evans dio hacia un costado le libró de la muerte.

—¿Está loco? —chilló el sabio, arrojándose sobre él y ayudando a Ethel a dominarle.

El joven se echó a llorar, y entre ambos lo sacaron de la habitación hacia el pórtico.

La pelea, allá dentro, estaba acabando. Los dedos de Adolf habían de conseguir hacer presa en la garganta de Brade; pero éste era un enemigo muy duro, demasiado duro para el alemán. Y conocía muchos más trucos que él.

Los nudillos de Alan se clavaron lenta, pero fuertemente, en las costillas del alemán, empujándolas hacia dentro. Esto causa un dolor intolerable y una ausencia de la facultad de respiración casi tan efectiva como el estrangulamiento.

Al mismo tiempo, el fuerte cuello de Alan resistía aún los dedos del asesino, porque había conseguido semi esconderlo entre los hombros.

Incapaz de soportar el dolor, Adolf soltó a Brade y éste pudo darle un puñetazo en el estómago que le dobló en dos.

Alan se puso en pie rápidamente y volvió a golpearle, echándole contra la pared.

El alemán, sin rendirse aún, esquivó un nuevo golpe, y de pronto algo brilló en su mano y relampagueó en el aire.

Se trataba de una de esas navajas que algunos soldados alemanes usaban en la guerra de 1914, cuando entraban al cuerpo a cuerpo las noches de patrulla. Una navaja de cinco pulgadas de hoja afilada.

El acero penetró en el hombro izquierdo de Alan, y éste gruñó sordamente. Gracias a que en el último momento logró ver lo que

hacía el otro, evitó que el golpe le cortara la yugular.

Su puño derecho se estrelló contra la cara del alemán como una catapulta y le cogió la mano que sujetaba la navaja.

El alemán, un poco atontado por el feroz golpe, no pudo oponer resistencia, y la aguda hoja se fue volviendo lentamente hacia él, aproximándose a su pecho. Adolf hizo un esfuerzo por rechazarla; pero lo único que consiguió fue adelantar su muerte.

Un momento después, Adolf Künter, el ex-oficial del Kaiser, caía al suelo con la navaja sobresaliendo de encima de su corazón.

Alan resolló fuerte y vio cómo sangraba su hombro izquierdo, aunque, en realidad, el golpe no era grave. Salió al pórtico, donde Ethel procuraba calmar a su hermano, ayudada por Evans.

—No podemos perder un instante —dijo—. A la gasolinera.

Cogió a su hermano por los hombros y le sacudió un poco.

—Vamos, chico, ánimo. Ya pasó todo.

Había un estrecho sendero que bajaba por entre las rocas hasta el embarcadero, donde se hallaba la gasolinera. Subieron a ésta, balanceándose, y Brade puso el motor en marcha.

—Túmbense todos, para que sean menos visibles —ordenó.

A lo lejos se veían algunas otras barcas que cruzaban el lago en calma. El cielo se iba cubriendo de negros cendales y se oía el retemblar del trueno.

La gasolinera partió, dejando una limpia estela tras de sí. Cuando estaba en medio del lago, la primera bocanada de viento la hizo oscilar, y unas gotas de lluvia les azotaron el rostro.

Cinco minutos después llegaban a la orilla opuesta del Walchen y atracaban en un pequeño desembarcadero. Varias personas contemplaron con curiosidad sus arrugados trajes, pero la lluvia, que empezaba a caer, los desalojó prontamente.

Entre medias de la líquida sábana, los cuatro corrieron hasta donde un potente «Mercedes» de último modelo estaba aguardando. El criado sordo de Stephen Sarakiglos esperaba al volante.

Cuando vio al grupo que penetraba en el coche, extendió la mano para impedirlo, y recibió un fuerte golpe en la mandíbula.

—Sáquelo y póngalo contra aquella pared —dijo.

La oscuridad de las nubes empezaba a unirse a la del atardecer, y la visibilidad era muy confusa. Nadie observó, pues, cuando el coche arrancó y torció por la carretera general hasta la autopista de

Munich.

—Lo único que siento es no haber podido llevar al «Gorrión» vivo a los Estados Unidos —dijo Alan, pesaroso, a Ethel, que se había sentado a su lado, junto al volante.

—No estarás demasiado orgulloso de ti mismo, ¿verdad, querido? —preguntó la joven, sonriendo—. Has hecho lo que muchos hubieran fracasado, de intentarlo.

—Claro, siempre ha sido así.

—¿No crees que la policía alemana nos perseguirá?

—No lo sé. Supongo que sí, si descubren las muertes del chalet. Y las descubrirán, porque ese Bertinck no es ningún tonto. Pero al amanecer estaremos llegando a la frontera.

Llegaron a Mitenwald a las once de la noche, por el enorme rodeo que tuvieron que dar. Cuando ascendían el Karwendel, la joven tocó, temerosamente, el brazo de su compañero.

—¿Crees que...?

—Tranquilidad, querida.

Frenó el coche a un lado de la carretera, y a la luz del tablero de mandos ojeó unos documentos que estaban en la cartera del chófer.

Había un pasaporte a nombre de «*herr*» Thoda, negociante, su secretario y su criado. Era uno de esos visados de entrada y salida, corrientes en países en que los ciudadanos están entrando y saliendo continuamente, sin fotografías.

—Ethel —dijo—. Vete a la parte trasera y échate en el suelo, debajo de los asientos portables.

—¡Yo...!

—Obedece, querida. Yo soy «*herr*» Thoda; tú, Herbert, mi secretario, y usted, Evans, mi criado. Confío en que no alumbrarán demasiado nuestras caras.

Un aduanero alemán salió entre la lluvia, renegando, y vio cómo un brazo autoritario le extendía un puñado de papeles.

Los examinó, y a la luz de su linterna eléctrica —los grandes focos estaban demasiado lejos— contó el número de personas. Luego hizo una malhumorada seña de que podían continuar.

Los carabineros austríacos no fueron tampoco demasiado puntillosos.

Habían circulado aquella misma tarde algunas noticias alarmantes, de tensión entre ambos países, y los alemanes debía ser

tratados con consideración.

Cuando la carretera, resbaladiza a causa de la lluvia, se abrió ante ellos con la perspectiva de poder estar en Innsbruck aquella misma noche, los cuatro se miraron en la oscuridad y un soplo de libertad hinchó sus pechos.

FIN



Yayita, Coné, Cortisona...

**¡tantos personajes
y un mundo
de carcajadas!**

YA ESTA A LA VENTA

CONDORITO

REVISTA MENSUAL

Notas

[1] Segundo Burearu: Servicio de contraespionaje francés «N. del E.». < <

[2] Segundo Burearu: Servicio de contraespionaje francés «N. del E.». < <

[3] Kalserkopf: en alemán, «cabeza de Rey». «Nota del Editor». < <